

El Ruedo



3
PTAS.

ANTONIO CASERO



El primer capotazo



El Ruedo

Semanario gráfico de los toros
FUNDADO POR MANUEL FERNANDEZ CUESTA
Dirección: Fernán González, 28.—Teléfs. 245091-265092
Administración: Alfonso XII, 26.—Teléf. 214460
Año VI - Madrid, 13 de enero de 1949 - N.º 238

Director: MANUEL CASANOVA



Ganado bravo en tierras castellanas

NO se pierde la tradición ganadera en tierras de Castilla. Ganado bravo en el campo. Tierra dura, hosca a veces; pero siempre generosa cuando ha de corresponder al amor de quienes con entrañable pasión la cuidan, ha sido siempre solar propicio para la cría de ganado bravo. Hoy damos aquí nuevos testimonios gráficos de las faenas camperas en tierras castellanas.

El duque de Pinohermoso, continuador de una tradición de caballeros españoles enamorados de la Fiesta más nacional, se dispone al acoso de una res de la ganadería de su propiedad en su finca "Monasterio", de Villalba. Caballista consumadísimo y ganadero apasionado, el duque de Pinohermoso pasa sus horas más felices ocupado en el quehacer de dirigir personalmente el cuidado y selección de sus reses.

En Campo Cerrado (Salamanca), los vaqueros de la ganadería de don Atanasio Fernández proceden al encierro de unas reses que poco después serán tentadas.

Arrastrándose materialmente, la res, de la ganadería de don Dionisio Rodríguez, de "Hernandinos" (Salamanca), toma los últimos puyazos del tentador "Chicarro".

Don Ramón de la Serna, ex torero y propietario de la nueva vacada "Peña Negra", muletea prodigiosamente a una becerria de su propiedad. Don Ramón pedirá a los lidiadores que toreen a sus toros bravos como torea él en la corraleta, y así será seguro el éxito de ganadero y toreros.

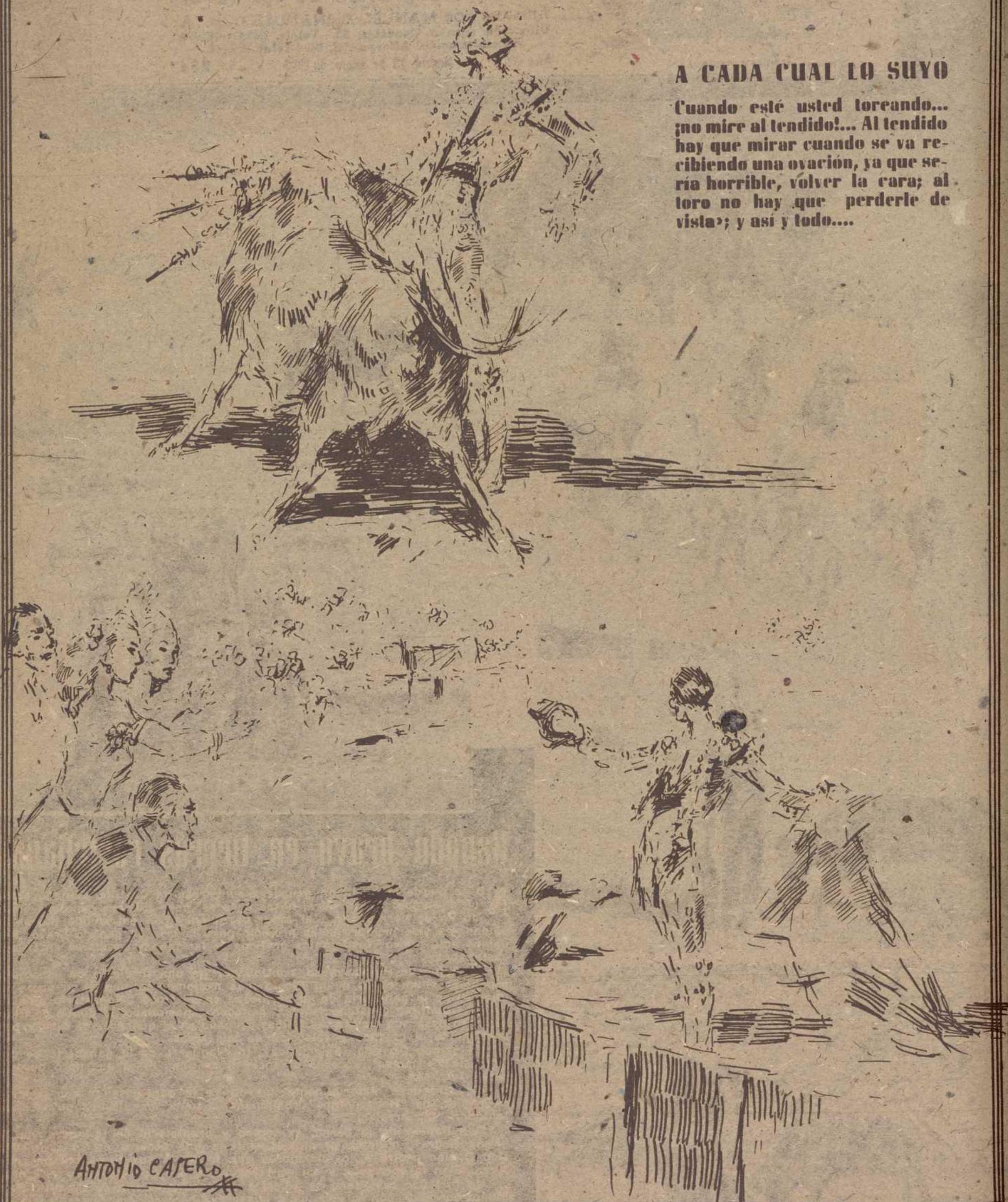
Un matador castellano se adiestra en una ganadería de Castilla. Paco Muñoz toreando con la derecha a una brava becerria, que mete bien la cabeza y embiste reclamatione. Si todos los toros que se lidian en los ruedos tuvieran las condiciones de esta res, los triunfos serían tantos como las actuaciones.

AYER Y HOY

OTRO CONSEJO, por ANTONIO CASERO

A CADA CUAL LO SUYO

Cuando esté usted toreando... ¡no mire al tendido!... Al tendido hay que mirar cuando se va recibiendo una ovación, ya que sería horrible, volver la cara; al toro no hay que perderle de vista; y así y todo....



ANTONIO CASERO

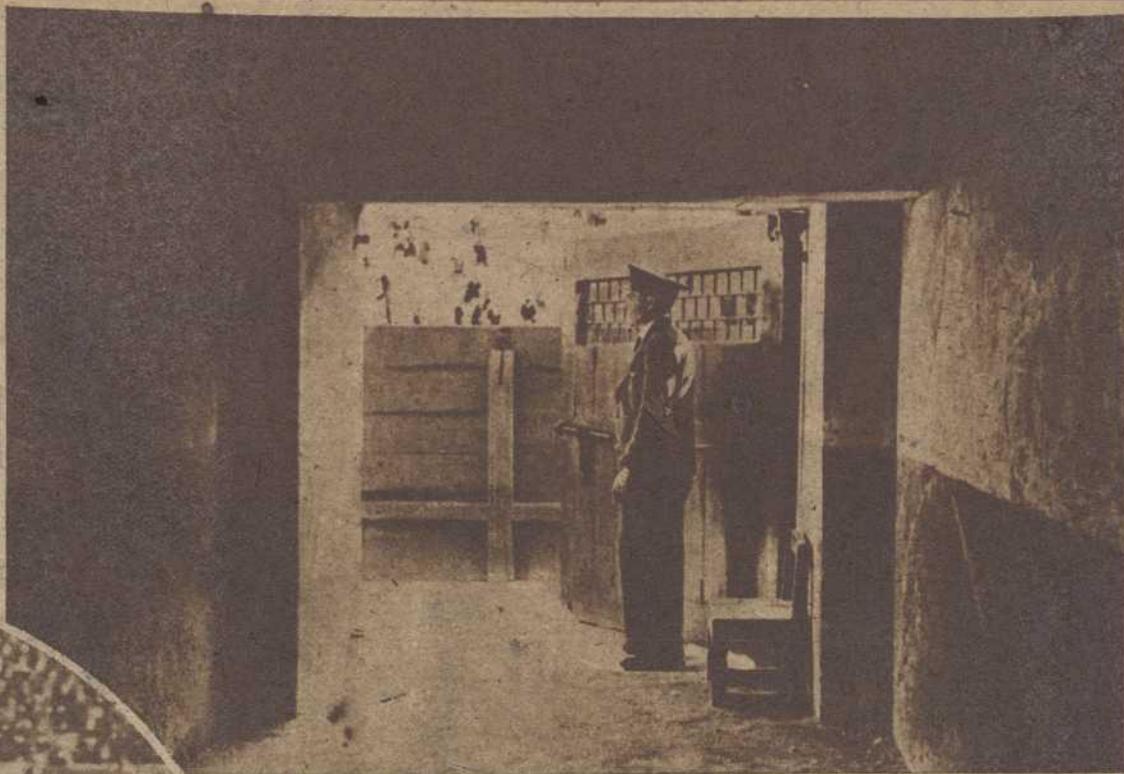
HAN pasado dieciocho o veinte años, y todavía perdura en mí el recuerdo de aquellas dos horas que pasé en la enfermería de la vieja Plaza de Toros de Madrid.

El axioma de "si a otro le duela, que te duela a ti", se hizo realidad en mí aquel día.

La cosa ocurrió así, amigo lector. Yo pedí permiso al médico de la Plaza para estar en la enfermería el tiempo que durara una corrida.

El doctor accedió a mis deseos. Y me contestó: "El domingo puede usted venir." Y añadió estas palabras, de tinte irónico, que tuvieron aire profético: "Creo que no se aburrirá usted."

Fui. Se iban a lidiar toros de Palhas. Antes de meterme en la enfermería vi a los bichos. Aunque a mí todos los toros me parecen grandes, aquellos Palhas me parecieron imponentes, verdaderos monstruos de la dehesa. Los cuernos de aquellos animales eran enormes como lanzas de torneo, y las puntas eran tan finas, que sólo mirárlas se le abrían a uno las car-



UNA CORRIDA DE TOROS DESDE LA ENFERMERIA DE LA PLAZA



nes. Un aficionado que me acompañaba, me dijo, dogmático:

—Estos toros son defectuosos.

—Si —argüi—; el mayor defecto que yo les encuentro son los cuernos.

Uno de los Palhas, como si hubiera oído nuestras palabras, levantó su poderosa testa y nos miró displicente.

Los toreros encargados de matar a estas fieras eran de poca categoría en este duro y peligroso oficio. Son los que tienen que pechar con lo que sale por las puertas del toril, aunque, en vez de toros, les suelten un dinosaurio redivivo.

Ya en la enfermería, llegó a nosotros el ruido, amortiguado por la distancia de la multitud que llenaba la Plaza. Semejaba el eco de una tormenta lejana o el rumor de un oleaje que muere en la playa.

Yo miraba nervioso mi reloj.

La mesa de operaciones, el instrumental quirúrgico, los blusones blanquísimos del médico y de sus ayudantes, ponían medida y comediamento en nuestras palabras.

No se habla en la buhardilla como en palacio, ni en un sitio donde, el dolor acecha como en una fiesta o jolgorio.

Hojé el libro de la enfermería en que se anotan las cogidas de los diestros. De pronto llegó a nosotros el sonido fino, penetrante, del clarín.

Había comenzado la corrida.

Yo miré con inquietud la puerta de la enfermería que daba al amplio corredor que comunicaba con el ruedo.

Presagiaba yo algo malo.

De pronto, oigo despavorido unos gritos. De

vez en cuando, entre las voces, se oían lamentos. "¡Ay, madre mía!" Las voces se aproximaban. Yo miré, con angustia, la cara del mé-

co. Pregunté:

—¿Una cornada?

—No—me respondió tranquilo.

Entraron en la enfermería las asistencias de la Plaza

llevando entre cuatro de ellos a un hombre vestido de blanco, con la cara enharinada.

Era un "Don Tancredo".

¡Cómo gritaba el infeliz! En su cara de payaso se reflejaba el miedo. Un miedo terrible, de pesadilla.

Lo desnudaron.

Tenía unos verdugones en el pecho. El toro le había dado una paliza.

El médico afirmó:

—No es nada.

"Don Tancredo" no debía estar conforme con la aseveración del doctor, porque seguía gritando como un descosido. Lo echaron en una cama, y aunque seguía dando voces, nosotros ya no le hicimos caso.

Otra vez oímos en el callejón el barullo de gente que se acerca. No se oía gritar. Entraron ahora los monosabios trayendo en brazos a un picador. Un "palhas" lo había tirado contra la barrera.

El testarazo había sido tremendo. El desdichado parecía un pelele. Estaba conmocionado. Lo reconoció el médico minuciosamente, y dijo:

—Nada, no es nada.

Y lo llevaron a una cama.

Poco después vuelven a oírse en el corredor los gritos doloridos de un hombre. Los ayes del infortunado se oían envueltos en el rumor del público de la Plaza, y con los aplausos con que la gente premiaba la faena de algún torero.

¡Qué contraste el de la efervescencia y el alegre ruido del redondel con los ayes del torero!

Los monosabios penetraron en la enfermería trayendo en sus brazos a un banderillero al que había cogido un toro. Se le quitó la chaquetilla, se le cortó la camisa con una tijera, y

—Nada, no es nada—volvió a decir el médico. ¡Qué cara de pavor tenía aquel hombre!

El cuerno del toro había cruzado el pecho del torero, haciéndole dos grandes verdugones. Se le dejó en una cama y allí siguió quejándose.

Y trajeron a otro, y a otro...

Ya había cinco hombres en la enfermería. Yo tenía seco el paladar, y quería salir de allí. Aquel espectáculo me deprimía.

—¿Cuántos toros faltan?—pregunté, procurando demostrar serenidad.

—Dos—me respondieron.

Otra vez volvió a oírse el ruido de gente que se acerca. Los monosabios traían a otro. Se oían los pasos de los hombres, pero ni una voz, ni una palabra.

El médico escuchó ahora atento y preocupado. De pronto, me miró fijamente y me dijo:

—¡Cornada!

Así era, en efecto. Cuatro hombres traían en brazos a un picador. El toro le había perforado el pecho al infeliz. Cuando respiraba le salía la sangre por la herida como de un surtidor. Había dejado un reguero de sangre desde la Plaza a la enfermería.

El médico y sus ayudantes comenzaron rápidamente su tarea.

La cornada era mortal.

Todos asistimos en silencio y compungidos a la cura del desdichado picador. Yo pregunté bajo, como si temiera hacerle daño al herido con mis palabras:

—¿Cómo se llama este picador?

—"El Colorado". Ese es su apodo.

—¿Se salvará?

—No. El cuerno lo ha "calado" profundamente.

¿Cómo el médico se había dado cuenta de la importancia de la cornada antes de ver al herido?

Por el silencio de la víctima y de sus acompañantes. Es la costumbre. Había oído que respiraba por la herida.

Abandoné la enfermería sin despedirme de nadie. Iba triste, apesadumbrado. El ruido que salía de la Plaza me hacía daño. Y recordé las palabras del médico: "Creo que no se aburrirá usted."

Al día siguiente murió en el hospital "El Colorado".

MANOLO GONZALEZ, Rey B



Los Reyes Magos — don Juan Delgado Roig, don José Maestrana y Manolo González (en el centro) — sobre la arena de la Maestranza, estrado de uno de los públicos de toros más autorizados.

NOTA popular y relevante ha sido este año en la tradicional cabalgata sevillana, la presencia entre los Reyes Magos de un torero: Manolo González. Por la gracia del Ateneo, Manolo González ha representado el papel del Rey Baltasar. Honor singularísimo, que se ha hecho no sólo al popular diestro sevillano, sino al mundo completo de la torería. Desde que el insigne José María Izquierdo, preciosista, «divagador de la ciudad de la gracia», constituyó, en 1915, la anual cabalgata, gloria de los niños y flor de la más pura y bella caridad, las más ilustres personalidades de las ciencias, de la política y de las letras han pasado por los tronos, caminantes y legendarios, del Ateneo sevillano. Escritores como Jacinto Benavente, poetas como José María Pemán, investigadores como Rodríguez Marín, pensadores como D'Ors, sevillanos ilustres como Luis Ortiz Muñoz, se han ofrecido gustosos en espectáculos, por las calles de Sevilla, abarrotadas de una chiquillería atenta y expectante, ilusionada y risueña, bajo un alegre estruendo de cohetes. Con Manolo González se rompe en cierto modo la tradición y la torería queda alineada, codo con codo, de la intelectualidad, en una misma obra de arte popular y de solidaridad cristiana.

Hemos asistido a los primeros momentos creacionales de la cabalgata, en el abierto recinto de la Maestranza. Sobre el «amarillo albero» formaba, con exótica corrección militar, la «Nuba», banda de los Regulares de Africa, que desde hace unos años acompaña al Rey Baltasar y trae desde el Desierto, por las calles de Sevilla, el mensaje multicolor de sus chilabas y los turbantes. Blancos caballos, «como para correr la pólvora» de la más pura línea árabe, esperan ser la noble escolta del monarca negro. Este —Manolo González— lucha en este momento, un tanto apuradamente, con el maquillador y un paje de su séquito, que no aciertan a coronarle. Al fin, la corona, opulenta y barroca, de la más ancha fantasía oriental, queda sobre las sienes del torero. Es el momento de abordarlo, en improvisado protocolo de escenario, un tanto abrumado «por el peso de la corona». El terciopelo, el armiño, el abalorio y la lentejuela compiten en los amplios pliegues de sus regias vestiduras. ¡Quién lo diría de este Manolo González —el chiquillo, como campechana y familiarmente le llama su apoderado, don Emilio Fernández— que no hace muchos años era uno más, de la grey infantil que espera estremecida y suplicante, el prodigio desfile de los Magos! Se explica bien que Manolo haga de Rey Negro. Sólo

El Rey Negro — y torero — en su refulgente trono



Baltasar de la Cabalgata sevillana

el negro ha podido dar gravedad, empaque y dignidad real, al rostro añejado de un niño, que, sin embargo, lleva dentro un torero hombre. No hace mucho, Manolo González soñaba con un juguete; ahora los va a repartir, a manos llenas, junto a dos ilustres sevillanos: el doctor don Juan Delgado Roig, profesor de Psiquiatría de la Facultad de Medicina y don José Montoto Flores, director de «El Correo de Andalucía», ambos académicos, de la de Medicina y Buenas Letras, respectivamente.

—¿Qué tal esto de ser rey?

—Pues estoy casi tan confuso y liado como ante un toro difícil. Menos mal que aquí no caben cornadas.

Los fotógrafos enfilan las «leikas» para no perder detalles. Estamos ante un complejo momento preparatorio, de pintoresco encanto. Don Alfonso Grosso, director del Museo de Bellas Artes, da órdenes a una escuadra de desinteresados colaboradores: el pintor Adelardo, el dibujante Vicente Flores, el ilustre jurista García Bravo-Ferrer... Por los recodos de la Maestranza va y viene gente de mil raros y extraños países: criados indios, esclava-

Momento de ser coronado Manolo González para tomar parte en la Cabalgata de la Ilusión



«Don Celes», nuestro corresponsal, charla en «audiencia especial» con el Rey Negro

que ya salió a hombros, contra la costumbre prohibitiva, en alas del triunfo, esta segunda salida, en el trono oriental, siguiendo la estrella caminante, tiene carácter y relieve de confirmación a una carrera fulgurante y casi legendaria. Por las calles, el paso de los toreros es una nota cálida de color. La gente aplaude, bajo la lluvia mansa de los caramelos, porque ve en el torero hecho rey todo un símbolo de consagración.

Y al final, como broche dorado de esta jornada de ilusión, la visita al Hospicio y a las instituciones benéficas; los niños temblando de emoción ante los juguetes, entre recelosos con las barba negras de Gaspar, confiados con las venerablemente encanecidas de Melchor y gozosos y confiados con el Mago «negritos», sin barbas —en este caso casi «imberbe»—. Emoción de niños pobres, de niños huérfanos... Huérfanos de padres, de besos, de sonrisas, que no quedan sin el gozo desbordado del juguete, gracias al Ateneo, que este año se los ha mandado con un torero popular, que no hace mucho era también niño, pobre y huérfano, de esos que juegan alegres, a la pelota bajó el arco de la Macarena o a «policías y bandidos», escondiéndose por entre la piedra romana de los Hércules de la Alameda.

DON CELES



Pavón, el mozo de espadas, el «hombre gordo» y los novilleros Alfredo Jiménez, Cabrerito y Pepe-Hillo, que formaron la escolta del Rey Baltasar (Fotos Arenas)



El «hombre gordo», del séquito del Rey Negro, torero bufo que ahora se disfraza para alegría y gozo de los niños de Sevilla, a los que tantas veces hizo reír con sus trucos ante los becerras

vos etiopes, soldados de los desiertos arábigos... Cualquiera se creería en un abigarrado zoco marroquí o en el barrio más pintoresco de Shangai. Lanzas y alfanjes brillan en el mismo aire, que hace unos meses acarició los estoques calientes de sangre.

Al fin se organiza el cortejo. En torno a Melchor y Gaspar se apiña una masa de ateneístas juveniles y entusiastas que lucha con los rebeldes caballos del Ejército y con los no menos rebeldes bigotes y barbas postizas de Carlos Hill. En torno a Manolo González, entre las cuatro espirales de incienso de los pebeteros de su carro, se agrupa gente diversa del mundo taurino, con las sienas aprisionadas por el turbante: Pavón, el mozo de espadas; el «Hombre Gordo», famoso torero bufo —un verdadero Moro Notable—; los novilleros Pepe Hillo, Alfredo Jiménez y «Cabrerito»; otros elementos más o menos relacionados con la Fiesta brava...

Así, el cortejo sale por la Puerta del Príncipe. ¡Qué menos para tres Reyes! Paré Manolo González,

FRITOS y refritos son ya todos los artículos que se hacen de los matadores de toros antiguos y modernos, en toda clase de papel impreso, y, sin embargo, poco o nada se ha hecho de otros artistas taurinos extranjeros, que aun habiendo actuado y tenido éxito en los ruedos españoles, no consiguieron la atención que alcanzaron en sus respectivos países.

Recuerdo haber leído las biografías de algunos toreros mejicanos, Ponciano Díaz; Gaona y algún otro, y de los franceses Félix Robert y Poull III, y, sin embargo, no recuerdo haber visto nada sobre los toreros portugueses; cosa extraña, ya que desde tiempo inmemorial, muchos de ellos han triunfado en casi todos los ruedos españoles, aunque no haya llegado a apasionar tanto su trabajo a los aficionados como el de los toreros españoles.

Es lógico, porque la pasión la suscita la competencia entre dos artistas de opuestos temperamentos y estilos, y los rejoneadores portugueses han actuado siempre solos.

El público no ve el contraste entre los artistas de diferentes escuelas y no puede oponer a lo realizado por uno lo que el otro ejecutó con un toro de parecidas características. Por eso la gente olvida, o, por lo menos, no retiene tanto en la mente las faenas del toreo a caballo como las de a pie.

Pocas veces, y esporádicamente, han actuado en las Plazas españolas dos rejoneadores, que recordemos; una, en la que actuaron en 1873 Alfredo Tinoco y Adelino Raposo. Los Casimiro d'Almeida (padre e hijo, allá por el año 1916, en Sevilla), los también padre e hijo Mascarenhas, en Barcelona, y algunas actuaciones de don Alvaro Domecq y Simão da Veiga, hace unos años. También don Alvaro ha toreado con Juan B. Nuncio. Todo lo contrario de lo que sucede en Portugal. Aquí siempre los "cavaleiros" (así son llamados en lengua portuguesa los rejoneadores) han toreado cuatro, tres o dos, como mínimo, en una sola tarde; por lo que el público ha podido clasificar y valorar los méritos de cada uno, suscitándose competencias paralelas a las que en España sostuvieron los toreros de a pie.

Además, en las Plazas portuguesas no tienen los toreros de a caballo el peligro que producen los salientes de los burladeros, por ser éstos de "quita y pon". También los ruedos son mucho más pequeños y, por tanto, los toros nunca pierden el objetivo, luciendo así más el arte de la equitación.

LOS TOROS EN EL EXTRANJERO

ALFREDO TINOCO



Los aviones británicos que viajan por las rutas aéreas del mundo entero, van llevados por pilotos que aprendieron a volar en una dura escuela. Su experiencia ha hecho posible los viajes rápidos, cómodos y seguros por los cuales aquellas son famosas. Ofrecen gran frecuencia en los servicios a Londres desde las principales ciudades de Europa.



MADRID



LONDRES



EL MUNDO

Líneas Aéreas Británicas



BEA



BOAC



BSAA

Abast. 45 - Piso 11.

Madrid.

Teléfono 2 21 10 60

Hecho este pequeño preliminar, empezaremos por uno de los buenos artistas, cogidos al azar: Alfredo Tinoco. Este "cavaleiro" portugués nació el 5 de julio de 1845, y le impusieron de nombre Alfredo Chaves Tinoco da Silva, aunque sólo se le nombrara como anteriormente escribimos.

Presentóse por primera vez al público el día 14 de agosto de 1873, en la antigua y desaparecida Plaza de Toros de Lisboa, llamada del Campo de Santa Ana, como "O Neto".

Ya hemos hablado en otro número de este elemento de las corridas portuguesas llamado "O Neto", y para los que no lo leyeron les diremos que era —pues en la actualidad no existe en las corridas ordinarias— un personaje vestido de negro, muy semejante a nuestros alguacillos y montado en caballo blanco, que entraba el primero en la Plaza y salía el último. Su misión era transmitir a los lidiadores las órdenes del director de lidia, cuyo lugar en la Plaza lo tienen en un balconcito especial que existe en las contrabarreras, y lo designan con el nombre de "o inteligente", y que es siempre un antiguo actuante.

Primero, como forzado, Alfredo Tinoco se presentó en Cascaes el 9 de octubre del mismo año de 1873, y como tal actuó dos años más tarde, en Salvatierra de Magos, el 29 de julio. Vuelve de nuevo a la plaza del Campo de Santa Ana, en Lisboa, el 5 de agosto, y el 15 y 16 de septiembre, en Aveiro.

El día 1 de julio de 1876 debuta en Lisboa como "cavaleiro", revelándose como un verdadero artista del toreo a caballo. De él dice el crítico taurino lisboeta Pepe Luiz, en su libro "Lisboa das toiradas": "Descendiente de buena familia, y hombre bondadoso, comenzó desde muy joven a convivir con personas de elevada condición social, toreando mucho por afición y en corridas benéficas. Fué en los tiempos de la Sociedad Tauromáquica Permanente, que la presidía el grande y entusiasta aficionado marqués de Castelo Melhor, donde Alfredo Tinoco empezó demostrando su afición taurina. Más tarde se dedicó de lleno a la profesión, donde había de dejar un nombre que jamás se apagará en los anales de la tauromaquia lusitana."

De buena estatura y dotado, por su cuna, de finos modales, don de gentes y los muchos conocimientos y extraordinarios recursos para torear a caballo reses bravas, y su elegancia incomparable de jinete consumado, captáronle la simpatía de los públicos y la admiración de la gente.

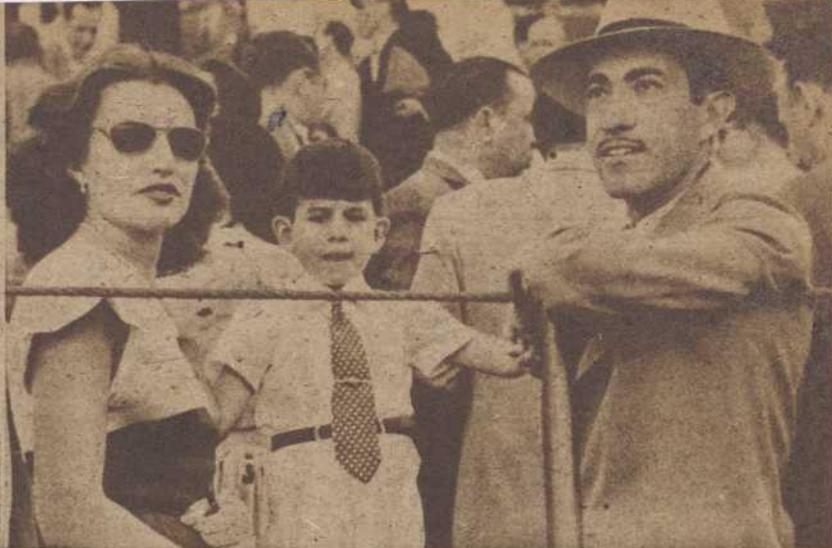
Esta manera de montar y dirigir la cabalgadura, la distinción con que citaba y ejecutaba las suertes —según dicen sus biógrafos—, fascinaba a los públicos, que, impulsados por oculta fuerza, se levantaban para aplaudir al prodigioso "cavaleiro". Por eso Tinoco fué el niño mimado de la afición portuguesa y brasilera, conquistando también en España muchos éxitos.

Su muerte prematura —murió con cuarenta y cuatro años— produjo profundo dolor, siendo acaecida en Pará (Brasil), en agosto de 1889.

A. MARTIN MAQUEDA

LA ESCASEZ DE GANADO NO ES ALARMANTE

Cuatro ganaderos de Sevilla opinan sobre el problema



Don Eduardo Miura aparece aquí con su señora y su hijo —el futuro don Eduardo Miura— en una barrera de la Maestranza

LA Fiesta tiene hoy, como tema apasionante y casi único —en este intervalo de inacción en los ruedos—, el problema de la escasez del ganado. Y, consiguientemente, el de la carestía por ley del mercado. Sobre esta realidad gira hoy un largo viento de inquietudes y preocupaciones, que hace que la arruga de la preocupación surque la frente de los empresarios. Naturalmente, en esto es muy interesante la opinión y los propósitos de los ganaderos. Y, concretamente, muy importante, la de los ganaderos sevillanos. A ellos nos hemos dirigido y hemos recibido las siguientes respuestas.

El primero al que hemos abordado ha sido a don Eduardo Miura, nieto de don Eduardo Miura. Naturalmente, esto ya es mencionar a la mitad, por lo menos, de la Fiesta brava y de su historia trágica. A don Eduardo Miura lo hemos sorprendido en un café sevillano cuando se dirigía a su tertulia. Es un hombre afable, simpático y habilitado. Especialmente esto último, para eludir preguntas. De casta le viene al galgo, según se dice.

—Yo creo que no soy el llamado a opinar. Este criterio se ha venido sosteniendo por nosotros desde la fundación de la ganadería. Mis antecesores y yo hemos opinado siempre que el único que tiene derecho a opinar es el público, que es quien paga. Los que cobramos, en forma alguna. El es el juez.

—¿Cree usted que la escasez podrá superarse?

—¿Estima usted que repercutirá grandemente en los precios de taquilla?

—¿Será necesario llegar a lidiar en algunos casos toros de media sangre?

—¿Tiene usted muchas corridas para esta temporada?

En total son cinco preguntas. Pues bien: a todas ha contestado lo mismo, aunque con mucha afabilidad. Para consolarlos nos dice que jamás ha hecho manifestaciones a la Prensa, con la excepción de unas que hizo, sin trascendencia, a Castán Palomar, en la que fué poco menos que víctima de un "atracó periodístico". En la misma mañana en que hablamos con él ha contestado varias cartas de periódicos sobre el tema, eludiéndolo. Claro que mal de muchos, consuelo de toros. Pero no nos queda otro.

Don Juan José Cruz es el segundo ganadero de quienes indagamos una opinión. Hombre amable y sincero, nos habla resueltamente en plena plaza de la Magdalena. Acaba de llegar del campo y de hacer recuento de sus posibilidades para la temporada. Su ganado, Pallarés, procede de Benítez Cubero.

—Creo —nos dice— que se ha desorbitado un poco la cuestión. A mi manera de ver, hay escasez; pero no tanta como realmente se dice por gente alarmista.



Don Juan Conradi



Don Enrique Pérez de la Concha



Don Juan José Cruz habla con nuestro correspondiente

—¿Cree usted que la escasez es general?

—Ahí está el quid. Creo que hay escasez fundamentalmente en las ganaderías que gustan a los toreros; pero hay otras que pueden perfectamente suplir dicha escasez. Esto es todo. Es decir, que la escasez es relativa y, por tanto, remediabile, sin recurrir a remedios heroicos.

Don Juan Conradi, que lleva una de las ganaderías más antiguas de Sevilla, es objeto de nuestras preguntas en tercer lugar. Hombre prudente y cauto, que simultanea la dirección de la ganadería con un sin fin de negocios, y hasta con el ejercicio de la abogacía, procura ser al mismo tiempo atento con nosotros y parco.

—Yo, realmente, tengo muy poco ganado este año, debido a que en mi caso concurrió, en el año de la sequía, el traslado del ganado de una finca a otra, con los consiguientes problemas de aclimatación, que empeoraron la situación. A pesar de eso, creo que, al menos en Andalucía, la cosa no es tan grave como se nos ha querido pintar. Por otra parte, hay poco ganado para la oferta; pero también hay poca demanda, o, al menos, ésta no se concreta, disolviéndose en un flirteo que no permite saber por ahora nada de precios. Por otra parte, no hay que olvidar que el mercado laurino fluctúa de manera muy extraña, hasta el extremo de que las previsiones no se cumplen casi nunca. Hace dos años esperábamos que subiera el ganado y bajó; el año pasado se esperaba que bajara y al final vino la subida. También hay que tener en cuenta que se está desatando una injusta campaña contra los ganaderos, ya que no somos nosotros precisamente los culpables del encarecimiento de la Fiesta.

El último de los entrevistados es don Enrique Pérez de la Concha, que dirige la ganadería de Herederos de don Tomás Pérez de la Concha. Hombre cordial y franco, se va derecho a la cuestión y nos dice:

—Hay escasez, aunque no en el grado alarmante que se dice; pero, sobre todo, hay una gran desigualdad. Ganaderos que este año tienen más ganado que corrientemente, y viceversa, quien tiene menos que haya tenido en ninguna otra ocasión. Naturalmente, en Andalucía hay más ganado que en Salamanca, ya que aquí la sequía no fué tan grave.

—¿Cree usted que deberá recurrirse al expediente de lidiar "media sangre"?

—Eso me parece un disparate, que en forma alguna podrá consentirse.

—¿Cómo vendrá la cosa de precios?

—Desde luego es de esperar que éstos suban, lo cual es lógico, no sólo por la escasez, sino por lo que cuesta hoy presentar una buena corrida. Los piensos están carísimos. Y si no se le echa al ganado piensos, no puede haber presentación.

Un poco más locuaz, don Enrique invita a nuevas preguntas.

—¿Cree usted que la temporada ofrece alicientes, a pesar del encarecimiento de los toros?

—Creo que sí. En este aspecto yo estoy con los optimistas porque veo que hay grandes toreros. Habiendo toreros, tiene que haber corridas.

DON CELES

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON



Si les fuese dado a los muertos ver o conocer lo que en el mundo ocurre en torno al recuerdo que dejaron, gozarían a veces, sufrirían otras y sonreirían irónica y escépticamente la mayor parte, si es que en algo conservan su modo de ser, pensar y sentir como seres vivientes de este maltrecho globo terráqueo. Por ejemplo: "Manolete" habría sufrido una tremenda decepción, acaso una amargura infinita, al leer la relación de personas que aportaron cantidades para el monumento que se quería erigir en su memoria;

habría sonreído irónicamente al considerar el menguado volumen de ciertas cantidades, y se habría sorprendido gozosamente al ver nombres en la relación con cantidades superiores a sus posibilidades. "En fin —se habría dicho al acabar—, el mundo no es tal y como yo lo creía cuando estaba en él, y de haberlo sabido a tiempo, otros, que no lo fueron, habrían sido mis amigos, y no pocos de tantos que lo fueron habrían quedado catalogados de muy distinta manera."

En definitiva, la cuestión del monumento acaso no habría satisfecho a "Manolete", aun en el caso del mayor éxito. Hombre sencillo y tímido, poco dado a la ostentación, se sentía abrumado, aun en su natural elemento de los ruedos, por las manifestaciones de entusiasmo que seguían a la mayor parte de sus actuaciones, y se avenía mal, aunque sin atreverse a rechazarlas, con las que fuera de los ruedos se le tributaban, y mucho peor, por consiguiente, se hubiera avenido con tantas exhibiciones, discursos, descender solemnemente de cortinas y todo el aparato escenográfico que suele rodear a la inauguración de un monumento.

En cambio, esa Peña de "Amigos de Manolete" no hace mucho fundada en su entrañable Córdoba, le produciría un inefable gozo íntimo, que veríase desbordado cada vez, como hizo el primero de año, día en que el diestro celebraba su onomástico, procediera a un reparto de prendas y comestibles entre gentes menesterosas. Ningún otro homenaje mejor puede rendirse a su memoria, si además, de remate de la jornada, como se hizo el día referido, esos auténticos amigos de la "Peña" comparecen ante su tumba y, al pedir a Dios por su alma, le dan cuenta de los actos de caridad hechos en su nombre. De esto sí que el alma de "Manolete" se sentirá plenamente satisfecha.

Ignoro los requisitos que serán necesarios para pertenecer a la simpática entidad cordobesa; pero estoy seguro que, de divulgarse en Madrid y en otras provincias de España, no serían pocos los devotos de "Manolete" que aportarían con su nombre la cuota para contribuir a la caritativa labor que ha comenzado a realizar. Entre cuantos dieron cantidades modestas para el monumento proyectado, están seguramente la mayoría de los verdaderos amigos del inolvidable diestro cordobés, midiendo la amistad, no por el número de veces que con él conversaron o por la asiduidad con que frecuentaron su trato, sino por la capacidad de cada uno para el afecto, el duelo y la oración. Y para mí tengo que en aquella "Peña" cordobesa y en estos fieles repartidos por todos los puntos de España, está la base más sólida para sostener el fuego sagrado del más puro y honesto manoleatismo, e inoluso para que un día pudiera, al fin, alzarse el recuerdo en bronce y piedra que hable a futuras generaciones de la grandeza artística y humana de "Manolete".



AGUSTIN GARCIA MALLA

QUE corrida la del 17 de mayo de 1911 en Madrid! Uno de mis más imborrables recuerdos taurinos. ¡Y ya ha llovido desde entonces! No importa. Me acuerdo como si fuera ayer. Era la quinta corrida del abono de aquel año. Ocho toros de Miura para "Machaquito", Vicente Pastor, Rafael "el Gallo" y Agustín García Malla, que confirmaba su alternativa. Malla estuvo mal, "el Gallo", también. "Machaquito" cortó la segunda oreja —aparte la de "Chicorro"— que se cortaba en la Plaza madrileña. Vicente Pastor la tercera, que era su segunda, puesto que la temporada anterior ganó la célebre del "Carbonero", de Concha y Sierra. Todos estos galardones fueron otorgados por el mismo presidente, el señor Martín Pindado, concejal del Ayuntamiento, que eran los que entonces dirigían las corridas. Muchos aficionados pusieron el grito en el cielo. ¿Adónde íbamos a parar? ¿Qué iba a ser del prestigio de la Plaza de Madrid? Al cabo de los años hemos comprobado que aquellas lamentaciones, que parecían exageradas, estaban muy en su punto. A las pruebas de las orejas de hoy me remito. Pero aquellas de aquel día de mayo de 1911 estuvieron muy bien ganadas. ¿Qué dos faenas las de "Machaquito" y Vicente Pastor, y, sobre todo, qué dos estocadas! ¡Bien la gozamos los pastoristas al conseguir para nuestro ídolo la orejita del sexto, después de la proeza de "Machaquito"!



Agustín García Malla, de aventajada estatura, fue un excelente matador de toros. Su talla le facilitaba mucho la buena práctica de esta suerte. Pero, de todas maneras, poseía un gran estilo de matador. Quizá pecaba, a veces, de excesiva rapidez y arrancaba un poco lejos. Estos defectos, que en muchas ocasiones lograba evitar, no invalidaban su estilo, que, repito, era muy puro.

Agustín García Malla murió de una cornada en el corazón, inferida por un toro de la ganadería francesa de Lescot en la también francesa Plaza de Lunel. Alternaba con él José Gárate, "Limeño". Malla quiso iniciar la faena de muleta del quinto toro con un pase de rodillas. El toro no acudió. Malla avanzó hacia él sin levantarse. El toro se le arrancó de pronto y le prendió por el pecho. Falleció casi instantáneamente. Malla era vallecano y contaba al morir treinta y cuatro años.

Agustín García Malla toreaba bien con el capote y mal con la muleta. Los toreros demasiado altos casi nunca han sido buenos muleteros. Todos tienden a encorvarse y a abrir el compás de las piernas excesivamente. En cambio, con el capote, si tienen serenidad y valor para aguantar la embestida, lo manejan con más desenvoltura. Y a Malla le sobraba valor, que hacía patente en los quites de peligro, a los que entraba sin importarle su riesgo, sólo atento a aminorar el ajeno, y también en el momento de la estocada. Toreando de capa no carecía de elegancia, pero sí de gracia. Malla era sosete. Lo que le impidió sobresalir más en su profesión, fue su falta de conocimiento de los toros.

¡Y cuántos como él, con evidentes cualidades de torero malogradas por esa ignorancia! Mucho más difícil que torear bien es pelearse de las condiciones del enemigo que se tiene delante. Esto hoy no tiene tanta importancia; pero en la época de Malla, sí. En su tiempo, los toros presentaban muchas dificultades que había que vencer. Y sin conocer al toro no se puede luchar con él. Hoy salen bastantes toros que, más que enemigos, son amigos de los toreros, que juegan con ellos al corro de los naturales y de los derechazos. Y en cuanto aparece uno que dice que nones, que él no juega, que se ha enfadado, pues el torero se encoge de hombros y no se enfada a su vez, sino que se lía a mantazos y a pinchazos, y a esperar al amiguito de buena pasta. Pero antes, cuando Malla toreaba, esta espera no era posible, porque toros bonancibles, "la tora", que dicen los taurinos, surgía muy de tarde en tarde, y el torero que no resolvía problemas, se iba derechito al hoyo del fracaso.

La indudable transformación del toro actual no radica tanto en su tamaño y peso como en su fuerza y fiereza. Sobre todo, aquí está la cuestión: en la fiereza. A los ganaderos ya no les importa la bravura de sus toros. Están preocupados, por la cuenta que les tiene, naturalmente, en que los toros no tiren cornadas, a que vengan y vayan por el ruedo sin presentar batalla; a lo cual nada tengo que oponer, si no es el aburrimiento que de ello se deriva. A mí, el toreo de salón no me ha interesado nunca. Lo singular que hasta ahora tenía el toreo era que consistía en una lucha entre un hombre y un toro, con la particularidad de que el hombre tenía que vencer sin salirse de las normas de un arte. Antes había que vencer la embestida de un toro. Ahora, sólo convencerle de que embista. Y esto no es demasiado.

ANTONIO DIAZ-CARABATE

PAQUITO MUÑOZ, rodeado de amigos. - Siempre la sonrisa a flor de labios. - Está satisfecho de la vida. - Quiere torear cada vez mejor. - El miedo, la experiencia y la superstición. - Declaración tajante acerca del amor. - Un chico listo.



Paquito Muñoz, siempre rodeado de amigos, está encantado de la vida y le gusta mucho hablar de la Fiesta



Sigue la charla taurina a la hora de la merienda, mientras los viejos aficionados cuentan anécdotas de otros tiempos...

ES muy difícil "vigilar" a Paquito Muñoz. Va siempre rodeado de amigos que nos miran recelosos y desconfiados, como si les doliera que tratemos de indagar la intimidad de "su" torero. Y Paquito me confiesa que es, ante todo, un hombre sociable, a quien encanta la compañía de los aficionados.

—Me gusta —dice— charlar con los que entienden la Fiesta, con toda esta gente amable y simpática que me rodea. Sobre todo, con los aficionados antiguos que saben "cosas raras" y de los que siempre se aprende algo.

—Pues hay toreros a los que no les agrada hablar ni oír hablar del oficio...

—¡No lo comprendo! —exclama el diestro, que tiene siempre una sonrisa a flor de labio—. Yo me creo una persona de buen carácter, a quien horroriza la soledad. Me gusta la vida de familia, y pasear, y salir de caza o ir de merienda.

—¿Cuál es tu horario?

—Me levanto temprano, hago ejercicio, voy por la tarde al cine o al teatro, como un burgués cualquiera. No salgo de noche, me acuesto pronto, duermo mucho, no sueño nunca. Estoy satisfecho de la vida, me considero un ser feliz y sólo una cosa deseo.

—¿Cuál?

—Triunfar.

—Pero, entonces, ¿consideras que no has triunfado todavía?

—Ni mucho menos. Tengo que torear cada vez mejor. Ya ve usted, de las corridas pasadas sólo me dejaron plenamente contento las de Madrid, La Coruña y Valladolid. Las otras, no.

—¿Por qué?

—Por el ganado. No permití que yo, hiciera todo lo que deseaba hacer.

—¿A qué se debe eso?

—A que nunca sabemos lo que lleva un toro en la

barriga. Siempre resulta una sorpresa.

—¿Y de entrenamiento?

—Empiezo ahora. Vea estas fotos recientes. Son del campo de Salamanca. Bajo la mano, junto los pies y le doy a la muleta. Hay que mejorarse cada día.

—¿Qué opinas tú sobre la discusión acerca de los estilos del toreo?

—Mire usted; esa discusión ha existido siempre. En tiempos del "Guerra" se decía: "Nadie lo puede hacer mejor." Y, sin embargo, ¡hay que ver cómo se ha toreado después, cómo se torea hoy y cómo se hará mañana!

—¿Hay dos escuelas, modos o maneras: la castellana y la andaluza?

—En absoluto; no creo en eso, como no creo en "lo sevillano" y en "lo rondeño". He visto toreros andaluces sosos y toreros castellanos "que le echan salero" a las faenas. Yo creo que el torero nace, lleva dentro su arte, y después se perfila y afianza con la práctica hasta conseguir lo más difícil, que es la personalidad.

—Y... el miedo...

—Ese aumenta con la experiencia. Cuanto más sabe uno, más conoce la noción del peligro. El asunto está en saberlo disimular. No

El tentadero es prólogo y anuncio de lo que sucederá en las corridas «de verdad»
(Foto Cano)



hay lidiador sin miedo, y los que dicen otra cosa, o son unos inconscientes, o faltan a la verdad.

—¿Eres supersticioso?

Paquito Muñoz vuelve a sonreír ante esta pregunta, y responde, rápido:

—No lo soy; pero me molesta mucho que se hable de ello... Vamos, ¿cómo le diría? Soy supersticioso de los supersticiosos. Cuando, por ejemplo, me estoy vistiendo un traje de torear y alguien empieza a decir que si ese color da o no da buen "fario", me desagrada francamente. Es mejor no hablar de eso nunca. Ignorarlo, ¿no le parece?

—Tienes razón. ¿Y de amores?

—No tengo novia, ni la he tenido, ni la tendré, por ahora. Estoy enamorado de los toros, y en mi corazón no hay sitio para más.

Comprendemos que esta declaración tajante y terminante de Paquito Muñoz, buen mozo, simpático, triunfador y popular pondrá tristes a muchas espectadoras jóvenes. Se lo decimos así. Y él abre un portillo a la esperanza:

—El día de mañana..., ya veremos.

Al llegar el instante de las preguntas comprometedoras "se escurre" inteligentemente:

—No tengo queja de nada ni de nadie. No entiendo de fechas ni de contratos; eso es cosa de mi apoderado. Todos los públicos son estupendos...

—Pero ¿no te parece que la Empresa de Madrid, por ejemplo, espera siempre a última hora?

—Un poco tardos sí son —contesta—; pero este año lo harán mejor. Ya verá usted cómo todo se arregla.

Este Paquito Muñoz, además de un gran torero, es un chico muy listo.

Allá lo dejamos, con su risa abierta, rodeado de esos amigos fieles que le escoltan.

ALFREDO MARQUERIE



ESCRITORES TAURINOS

JOSE DIAZ DE QUIJANO, "DON QUIJOTE"

Su primer empeño de crítica taurina lo constituyó el libro "La primera fila"

Fue un entusiasta de "Bombita", y a su retirada, de Juan Belmonte

En cinco lustros enjuició más de novecientas corridas

José Díaz de Quijano «Don Quijote»

NO fue "Dulzuras" el único de los críticos que, llevado de su gran afición a la Fiesta, comenzó a escribir para sí la reseña de cuantas corridas presenciara antes de incorporarse al ericidismo como profesional.

José Díaz de Quijano hizo lo propio y algo más, puesto que, amante del detalle y a tono con las revistas de su época, llegaba a incluir en sus notas el número de caballos muertos.

Cuando solamente contaba quince años presentó en los ruedos de Santander y Oviedo los primeros festejos, y tanto fué el entusiasmo que despertaron en él, que sólo en contadas ocasiones dejó de acudir a los que se celebraron en los cosos de la Montaña, comenzando a escribir para el público en la primera corrida de la Feria santanderina de 1907, cuyo cartel lo componían seis toros de Saltillo, para las cuadrillas de "Quinito", "El Algabeño" y "Mazzantínjito".

En 1908 se trasladaba a Barcelona, y tiene entre sus primeros amigos a Eduardo Pagés, cuando éste —dijo "Don Quijote"— se iniciaba en el periodismo en su sed de viajar, tan lejos de pensar cómo había de lograr su sueño y cómo el hombre de negocios taurinos hizo malograr al formidable periodista que, a su juicio, había en él.

Cinco años más tarde, y casi coincidiendo con su ingreso en el "Grupo Ojén", la famosa "peña" donde convivió con amigos entrañables, fundó el semanario titulado "La Reseña", en el que, según confesión propia, lo fué todo y del que sólo llegaron a publicarse seis números. Claro que este fracaso tuvo como contrapartida a su favor recibir nuevas solicitudes de colaboración en diversas revistas taurinas de Madrid y Valladolid.

Tras este intento, del que soy en creer lo motivó una apuesta surgida en aquellas tertulias barcelonesas, de tan gratos recuerdos para Quijano, lanzó su libro "La primera fila", en el que hacía el estudio o semblanza crítica de "Bombita", "Machaquito", Vicente Pastor y Rafael "el Gallo", los cuatro ases de aquel momento, y con el que probó prácticamente que se puede ser entendido, fogoso partidario del arte, sin dejar de ser imparcial y justo. Crítica y público dedicaron a este libro grandes elogios, y posiblemente éstos le impulsaron a acelerar la confección de su "Catecismo taurino elemental", acabado en 1915, y mercedor —según "El Barquero"— de que nadie que se preciase de aficionado dejase de poseerlo.

Entre las publicaciones donde figuraron sus trabajos citaremos "El Día Gráfico", "La Corrida" —que dirigió el ilustre colaborador de EL RUEDO don Ventura Bagüés—, "La Tribuna", "La Fiesta Brava", "Palmas y Pitos", "El Cine", "Zig-Zag", "Ahora" y "El Liberal", de Barcelona.

A mediados de julio de 1933, y recogiendo la iniciativa lanzada por el periodista burgalés Fermín Santamaría, "José Flores", en un artículo inserto en la revista "La Fiesta Brava", se rindió un homenaje a Díaz de Quijano con motivo de celebrar éste sus bodas de plata como escritor taurino, homenaje que consistió, a propuesta del prestigioso crítico "Don Indalcio", en editar, a expensas de cuantos se adhirieron, un volumen con trabajos seleccionados de "Don Quijote".

A este volumen pertenecen las líneas que siguen: ellas son un fragmento de la reseña correspondiente a la corrida celebrada en la Plaza de Madrid el 24 de mayo de 1928 en la que "Chicuelo" hizo con el toro "Corchallo", de Pérez Tabernero, su faena cumbre, que le colocó a la cabeza de la torería:

¡Gloriosa efemérides! ¡Farde cuyo recuerdo quedará grabado con letras de oro en la historia del toreo!

"Chicuelo" vestía de azul prusia y oro, sin caireles.

Ocho años me he pasado diciendo que el día que "Chicuelo" hiciese en Madrid "su" faena, la que yo le había visto hacer en provincias, en Madrid no se hablaría ya nada más que de "Chicuelo", y "Chicuelo" sería el idolo de Madrid. Mucho me ha hecho esperar Manolo; pero, ¡qué gran satisfacción se experimenta viendo, por fin, cumplida una profecía formulada con tal convicción, con tanta fe!

En Madrid conocían la "salsa" de "Chicuelo", el adorno, la filigrana, y este año, sus recursos, su decisión; pero no adivinaban "lo que podía ser la faena de Chicuelo", la que yo esperaba aquí desde hace ocho o nueve años. El toreo base, el toreo de verdad, el fundamento del toreo, la justa aleación del toreo serio y de la gracia, lo fundamental y la pinturería hechos milagroso arte, la faena cúspide, compendio, ejemplo y maravilla del toreo. Sólo en algunas tardes de Belmonte ha llegado el delirio del público a términos comparables de locura y entusiasmo con los de esta tarde.

Después de aquellos dos estupendos primeros toros —el de Barrera y el de "Cagancho"— salió el tercero abanto, "Chicuelo" lo tomó de capa en el tercio y se le fué varias veces; pero en los medios lo sujetó de tal forma, que ligó cinco verónicas y media inenarrables, atado materialmente el toro a los cuernos del capotillo. (Estruendosa ovación.) Y en el quite esculpió una serie de chicuelinas como jamás pudimos ni soñarlas, tan lentas, tan ceñidas, tan graciosas y tan sorprendente, que el griterio en la Plaza era imponente. Los pitones le rozaban las caderas a cada giro.

Cuatro varas tomó el bicho en distintos tercios, pues mansurroneó y volvió la cara; pero bande-

Hermanos Álvarez Quintero



Eduardo Marquina

rilleado por Romero y "Rosalito" con prontitud, llegó muy noble y boyante a la muleta.

"Chicuelo" se fué a él y con la franela en la zurda para torrear al natural. Señor Corrochano —Corrochano había dicho por aquellos días que los naturales ligados, en redondo, habían caído en desuso—: El público contó a coro: "¡Uno! ¡Dos! ¡Tres! ¡Cuatro! ¡Cinco!" Cinco naturales en redondo, asombro de arte, de mando; de temple y de sabiduría. Tanta, que el quinto, al venirsele el toro, lo remató por alto en vez de echarse fuera, y remató la espléndida serie con el pase de pecho. ¡Ahí queda eso!! Más aún. Sin cambiar de mano la muleta, siguió el toreo en redondo: dos naturales más. El de pecho con la derecha y el natural con esta mano. ¡Y otro prodigioso natural con la zurda! Cuatro ayudados por alto a ambos lados, "non plus ultra" del arte; otro natural con la derecha, un afarolado indescriptible y cuatro ayudados "sui generis" geniales, improvisación de artista cumbre, el último rematado con un molinete entre los pitones. Dos pases con la derecha estatuarios, (Todo esto, ligado, seguido, solo con el toro, en una sucesión de grupos escultóricos de imponderable belleza.) Un ayudado por alto y ¡tres naturales en redondo inenarrables!! La gente pide la oreja... Un gran pinchazo. Dos naturales, uno con cada mano, el izquierdo estupendísimo. Otro gran pinchazo. ¡Otro natural magno!! Y... una gran estocada. El toro, muerto en pie, abre las manos y se afianza en ellas, en hermosa agonía. Ni un capote, "Chicuelo", con la muleta a rastras, gira en torno suyo majestuoso, crecido, torerazo. El toro se desploma, las cuatro pezuñas al aire... ¡Imposible describir lo que pasó!

En cierta ocasión le preguntaron a Díaz de Quijano:

—¿Por qué fué usted bombista... para luego ser de Belmonte?

A lo que respondió: —Como antes hubiera sido de "Guerrita" con "Lagartijo". Y, además, Belmonte rompe toda trayectoria, porque fué el creador de un modo de torrear en el que no se había soñado, viniéndonos a descubrir lo que juzgábamos imposible hasta entonces.

Partidista del "Bomba", nada de particular tendría que la crónica que escribiera con más gusto fuese la de la corrida de despedida del famoso torero sevillano, y, sin embargo, no fué así, puesto que consideraba como la mejor la que escribió el 30 de mayo de 1930 con motivo de una faena del malogrado gran torero y artista Manolo Bienvenida.

Hombre de gran cultura, dominador del léxico castellano, escribió cuanto quiso y de lo que quiso, y así, en el índice de sus obras figuran cuentos, novelas, estampas líricas, poesías, comedias, sainetes y zarzuelas, siendo la primera de las representadas "Carmina la caseruca", que, musicada por el maestro Calleja, se estrenó en el desaparecido teatro Apolo el año 1924.

De una manera inesperada llegó a ocupar la secretaría de los hermanos Álvarez Quintero, como igualmente la del gran poeta Eduardo Marquina.

José Díaz de Quijano, que desde 1914 adoptó el seudónimo de "Don Quijote", vino al mundo en Madrid el 8 de septiembre de 1890, en la casa número 17 de la calle de Columela, en el aristocrático barrio de Salamanca, y en Madrid dejó de existir, rodeado de los suyos, el día 5 de enero de 1943.

Sus últimas crónicas se publicaron en el diario "España", de Tánger.

JUAN LAGARMA



EL TORO BRAVO COMO ANIMAL DE CARNICERIA

La selección y el régimen alimenticio, factores esenciales de su elevado rendimiento.—El toro de lidia da un 63 por 100 de utilidad, porcentaje al que llegan muy pocos animales. Solamente por este hecho, aparte su típica especialidad, el toro bravo merece una mayor atención

ES un caso curioso este de la crianza de toros de lidia, cuyas razas han ido progresando en selección, en bravura, en rendimiento, sin otros estímulos ni apoyos que el entusiasmo y el celo de los propios ganaderos.

Aunque las reses bravas no tuviesen otra aplicación que la de simples animales de carnicería, ello sólo sería razón suficiente para dispensarlas una decidida protección oficial, de que carecen. Y no sólo por el grado de finura y precocidad a que han llegado y por el rendimiento que producen —ya de por sí motivo de orgullo para la ganadería española—, sino por constituir además la explotación de indicadas razas de animales sólida e importantísima riqueza, de la que se beneficia en gran parte la economía nacional.

Sin embargo, dejemos de momento estas consideraciones y vayamos por derecho al nervio del artículo que es, sencillamente, exponer lo que el toro de lidia, aparte su bravura, representa como animal de carnicería.

Sabido y conocido es por todo buen aficionado que al toro bravo suele sobrealimentarse durante cierto tiempo a base de piensos, con la finalidad de adelantarle o prepararle para la lidia. Y que con el comedero repleto y el floreo de pastos se pone lustroso, adquiriendo, como es natural, desarrollo, precocidad y kilos. Mas lo que desconoce mucha gente es el rendimiento que da a la

carne. Hasta hace cerca de veinte años venía calculándose el rendimiento corriente del ganado vacuno en el cincuenta por ciento del peso vivo, suponiéndose, por tanto, que el toro de lidia entraría también en el referido porcentaje.

Si ordinariamente, reses de abasto, de leche y de trabajo acusaban en la romana poco más de la mitad útil de su peso bruto, los animales bravos no podían ser una excepción. Pero desde que el vigente Reglamento para la celebración de espectáculos taurinos señaló en su artículo 27 el mínimo de peso que habrían de tener los toros y dispuso su pesaje inmediatamente de efectuado el arrastre, o sea, el toro sin desangrar, quedó comprobado, de forma inequívoca, al pesarse después la res ya limpia, que el rendimiento alcanzaba un promedio del sesenta y tres por ciento, al que llegaban contados animales especializados para la producción de carne.

La comprobación oficial hubo de realizarse con anterioridad a la vigencia del Reglamento por la Comisión encargada de redactarle, en el desolladero de la Plaza de Toros de Madrid, durante la temporada de 1930, pesándose los toros recién muertos y después en cuartos.

En diversas corridas se efectuaron estas operaciones con 35 toros de distintas regiones y ganaderías, y si bien el que menos peso arrojó —uno de Coquilla— fué 427 kilos en el arrastre y 254 en canal, con rendimiento neto del 60 por 100, hubo otro —de Santa Coloma— que pesó en el arrastre 492 kilos y en canal 343, dando un rendimiento del 70 por 100.

Los treinta y cinco toros dieron en total un peso en el arrastre de 16.986 kilos y 10.365 kilos después de limpios y descuartizados, de donde se deduce que el promedio de rendimiento alcanzó el 63 por 100.

Se explica sin dificultad que las reses bravas rindan proporcionalmente más que otras cualesquiera de su género. El toro de lidia, merced a largo y costoso proceso selectivo y sometido a un sano y abundante régimen alimenticio, dejó de ser el primitivo animal destartado, basto, de mucho hueso y badana, para convertirse en recortado bicho de poca papada y menos vientre, de extremidades y piel finas, de gran anchura en grupa y lomos y de hermosa y proporcionada estructura, sin apenas caídos o desperdicios.

Se ha llegado en la cría del toro a tal refinamiento —justo es reconocerlo y proclamarlo—, que difícilmente será superado en la producción de ninguna raza de animales.

Porque, por ejemplo, ¿pueden encontrarse dentro



de la misma raza bovina muchos individuos cuya merma del peso bruto a la canal sea tan sólo del 37 por 100, cual ocurre con el toro de lidia?

Y si a todo lo expuesto añadimos que las carnes resultan de mejor calidad y admiten mayor aprovechamiento que las de otras reses de su especie, por tener menos sebo, más músculo y ser más jugosas y nutritivas, creemos con ello haber hecho el merecido elogio del toro bravo como prototipo de animal de abasto o de carnicería.

AREVA



EL PLEITO DE LOS MIURAS

El origen de la cuestión. Opiniones a granel. Como terminó la cuestión

EN los primeros días de noviembre de 1908 quedó planteado el célebre pleito de los «miuras». Ricardo Torres y Rafael González, «Machaquito», suscribieron una nota, firmada además por «Lagartijillo», Vicente Pastor, «Gallito», Guerrerito, «Saleri», «Mamolete», «Segurita», «Pepe-Hillo», «Bombita III», «Pépete» y algún otro más, comunicando a las Empresas que, en lo sucesivo, cobrarían honorarios dobles siempre que se anunciaran toros de la ganadería de Miura. La razón aducida era bien sencilla: las reses de la famosa vacada ofrecían mayores dificultades para su lidia que las de otras divisas.

No era la primera vez que toreros de primera fila ponían reparos a las reses miureñas. «Frascuelo», «Lagartijo» y «Guerrita» también habían tenido ciertos roces con el ganadero del cortijo de Cuanto. Pero nunca se había llegado a tanto como pretendían «Bombita» y «Machaco». De hecho, el escrito enviado a las Empresas suponía un veto claro y terminante.

Parece ser que la razón inmediata de tal actitud surgió en la Plaza de Toros de Zaragoza, en una de las últimas corridas de Miura lidiadas en la temporada de 1908, por Ricardo y Rafael. Arrastraban a un peligroso «miura», que había dado, por su mansedumbre, mucho quehacer, cuando «Bombita» se acercó a «Machaco» y le dijo, poco más o menos:

—Oye, Rafael: esto no puede seguir así. Puesto que don Eduardo pide más precio por sus toros, y las Empresas ganan con ellos más, porque viene la gente a ver si nos deshacen, creo que debemos pedir nosotros también más dinero por torear estas reses... ¿Qué te parece?

—De perlas... Haremos lo que tú digas. Y así quedó planteada la cuestión.

La noticia, como es natural, constituyó, durante mucho tiempo, obligado tema de conversación en las tertulias taurinas.

—Lo que pasa —se decía— es que «Bombita» quiere cobrarse de su fracaso con «Catalán».



Va a comenzar la temporada: El «pleito» — de un lado, los toreros: de otro, los ganaderos, con el señor Miura al frente — está en su momento más grave. «Bombita» y «Machaquito» se reúnen en el domicilio de Ricardo para tratar del asunto y fijar posiciones.

—No, hombre... —insinuaba otro «más enterado» — es que Ricardo y «Machaquito» le han cogido miedo a los toritos de Cuanto.

—Eso... no es verdad —protestaba un aficionado sensato—, porque tanto uno como otro han matado muchas corridas de Miura.

—Entonces... será que quieren enriquecerse. —Pero, ¿no sabéis que «Bombita» y «Machaco» han ofrecido renunciar a los pluses que obtengan en beneficio de los toreros humildes o cualquier obra de caridad?

Porque en efecto, en carta abierta publicada por «El Imparcial», los dos colosos de entonces renunciaban al posible beneficio con estas palabras: «Nosotros ponemos un mayor salario, pero no en nuestro provecho, y además, lo hacemos público».

Benavente opinó sobre el pleito

En torno a la famosa cuestión —en aquel invierno— se habló y escribió mucho. Se recordó con insistencia la trágica teoría de víctimas y percaucos de la ganadería miureña. Y hasta plumas ajenas a los temas de la Fiesta bajaron al ruedo de la polémica para dar su opinión. Fué, en particular, interesante un artículo, publicado aquellos

Bombita, el torero de la sonrisa

días por don Jacinto Benavente, que alcanzó singular difusión. «Me parecería muy justo —escribía el ilustre autor de «Los intereses creados»— que los toreros cobrasen más cuando han de entenderse con corridas de peso y de cuidado, si, en lógica proporción, cobrasen menos cuando, más que torear, se divierten con «peritas en dulce». ¡Ustedes recuerdan la corrida de bichos de Murube con que la familia «Bomba» celebró la despedida del hermano mayor? No es verdad que aquel día no debieron cobrar, o debieron darnos algún dinero encima? ¡Y se murmuraba de las exigencias del «Guerra»! El «Guerra», hostigado por los públicos de continuo, tal vez en temporadas largas, y en uso de legítima defensa, pudo imponer condiciones en el tamaño y procedencia de los toros, pero, en Madrid mismo, y en provincias, toreó todo lo torear: toros navarros, en Navarra; salamanquinos, en Salamanca; del Colmenar, en todas partes, y su misma despedida fué, sin elección, con seis hermosos bueyes de Díaz. ¡Que nos hablen ahora de sus exigencias estos toreros del doble precio! No, simpático Ricardo: el haber dado tan mala muerte al inolvidable «Catalán», noble toro de Miura, no es para guardar rencor a esa ganadería la más fina, la de mejores tipos en toros de lidia de cuantas pisan Plaza. Ahora obliga, y cuando se ocupa un primer puesto en cualquier esfera, se torea todo. ¡Ah, señores, toreros! A ver si por huir de determinados toros se echan ustedes encima el verdadero toro: el de la superioridad de las corridas, que sólo esperan el menor pretexto para salir al ruedo. Y pobres de ustedes si ese día los aficionados se sacogen de hombros y dicen: «¡Bien suprimidos están! ¡Para lo que había que ver!»

«Don Modesto» defiende a los toreros

Frente a la opinión de Benavente y, por supuesto, contra el bloque formado por los ganaderos, surgieron también voces autorizadas. «Don Modesto», entusiasta de Ricardo Torres, fué, quizá, el más apasionado en sus ataques. En su tribuna de «El Liberal», Pepe Loma dijo cosas tan sabrosas como éstas:



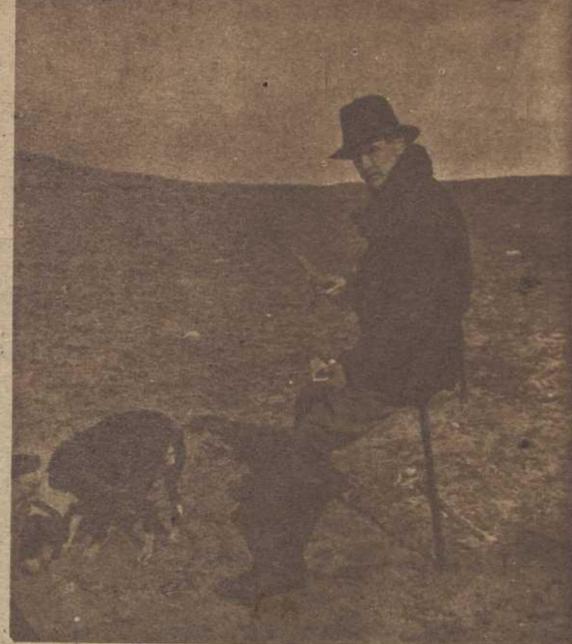
«Bombita», en los toros: Rodolfo de amigos, presencia desde la barrera

«Emito mi voto en contra de los criadores de reses bravas y a favor, por tanto, de los toreros. No influyen en mi prejuicio, amistades ni consideraciones de ninguna especie. Doy mi opinión, resuelta y francamente. Podré equivocarme —quizás me equivoque—, pero creo que, en justicia, munda y lironda, les sobra la raxa a los toreros hasta por la punta de la coleta».

... por cada uno que cae, se acrecienta la triste fama de la divisa. Y aumenta considerablemente la insana curiosidad del público, y esto permite extender las dehesas, criar triple número de reses, copar el mercado y, a la vuelta de un lustro, vender un doble número de corridas que los demás. Vécese la estadística: en 1904 se jugaron 57 toros de Miura; en 1907, 105. Ahora ha herrado más de 300 becerros; dentro de cuatro años podrá vender 50 corridas. ¡Un honor! Como los toreros no pongan algún freno a tan fabuloso desarrollo, se acabará la Fiesta, no por falta de Miuras, sino de diestros que los toresen. Porque, desgraciadamente, este excesivo crecimiento en la vacada miureña redundará en perjuicio de la finura de la sangre. Ya la proporción entre el ganado manso y bravo es aterradora. Hoy, entre cincuenta reses que salen al ruedo, son francamente mansos 35. Después, la proporción llegará al 40, y luego, para sacar un toro bravo de la ganadería de Miura habremos de buscar un nuevo Diógenes, que, con su paciencia incalculable y su linterna mágica, se brinde a realizar esta quimera».

«Si todos o casi todos los miuras fueran bravos, no se hubiera llegado a tal extremo; pero es que don Eduardo aumenta de día en día el número de bueyes, y, francamente, a los miuras mansos, que se defienden en las tablas con mucho poder porque han comido bien: con el cuello largo, porque así es el tipo de raxa; con las patas de acero, porque se les menean mucho en el campo, no hay modo de meterles mano, sin gravísima exposición, y nunca con lucimiento».

«Bombita ha realizado esta temporada (se refería a la de 1908) faenas sabrosas con toros de Verauca, Benjumea y Miura; pero «Bombita»



Ya se ha dicho que «Bombita» sentía verdadera pasión por la raza. Aquí le vemos, con atuendo de campero, en el descanso de una cacería

no hay más que uno, y el acuerdo tan censurado tira a favorecer a todos los demás. Por eso la gallarda actitud de «Bomba» y «Machaco», poniéndose al frente de sus compañeros en esta cuestión, sólo aplausos y admiración merece. A ellos es a los que menos beneficia, y, sin embargo, arrostran la impopularidad y sufren cuantos denigrantes adjetivos se les quiere aplicar...»

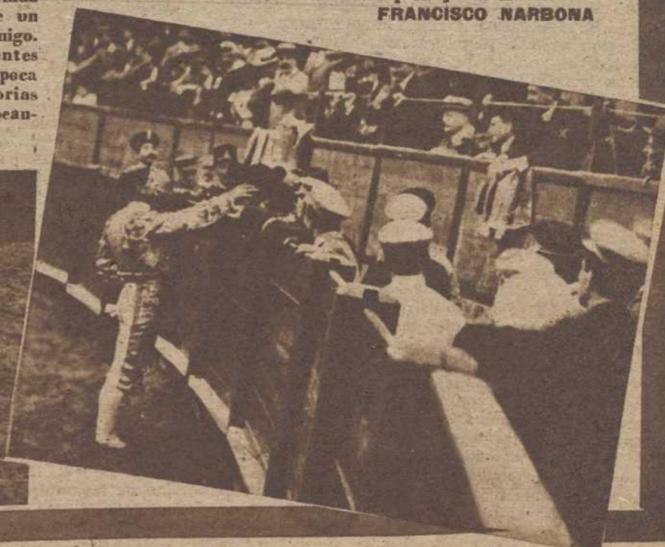
«A mí me es mucho más simpática la actitud de los toreros, porque éstos, al unirse, defienden la vida y, con ella, la de muchas personas que con ellos viven, y los ganaderos sólo tratan de defender un puñado de pesetas, sin preocupaciones de lo mucho que vale la sangre del prójimo».

«Bombita», arrepentido de haber planteado el pleito

Pero... ¿qué opinaba «Bombita» de este pleito? Algún tiempo después se sinceraba con un escritor amigo y expresaba su disgusto por la incompreensión del público.

—Confieso —decía «Bombita»— que estoy arrepentido de haber iniciado la cuestión. La gente no fué justa con nosotros... Ni a «Machaquito» ni a mí nos importó nunca que pudieran atribuir a miedo nuestra actitud. Los dos hemos matado muchos miuras a lo largo de diez años... Pero la ver-

«Bombita» brinda la muerte de un toro a un amigo. Eran frecuentes en aquella época las dedicatorias largas y chispeantes



dad es que yo no podía consentir que ese ganadero, explotando el trágico cartel de sus toros, se enriqueciera más y más, y a fuerza de apurar las comadas, le mover y violentar los toros, para darles más poder, hiciera con sus reses andar de cabeza a los principiantes y fuera causa de muchas desgracias.

Sin embargo, y a pesar de que «Bombita» y los demás toreros estaban en su derecho al exigir dobles honorarios, lo cierto es que al comenzar la temporada de 1909, la afición se había dejado ganar por la causa de los ganaderos y el pleito estaba, prácticamente, perdido para aquéllos...

Ricardo Torres se lamentaría después:

—En este pleito se perdió y nos perdió a todos mi exceso de nobleza. Si yo hubiera seguido al procedimiento de los antiguos toreros, habría hecho mucho mal a la ganadería de Miura. Y muchos de sus toros habrían sido toguendos, si se hubiera cumplido a rajatabla el justiciero procedimiento de la raya. Pero como el público, y parte de la Prensa, no entendieron que la

razón estaba de nuestro lado, y como para mí lo primero es el público, y me importa un bledo que me suelten todos los miuras que quieran, al ver el desaliento de mis compañeros me lavé las manos como Pilatos... y cada cual hubo de aguantar su vela.

Final del pleito

El pleito terminó en la misma temporada de 1909. Ricardo Torres y «Machaco» cedieron y, como eran dos colosos, volvieron, hasta que uno y otro se fueron de los ruedos, a matar cuantos toros de Miura quisieron las empresas echarles... La cosa tenía más méritos si se considera que tanto el de Tomares como el cordobés, poseían, a esas alturas, fortunas considerables, que les aseguraban largo y tranquilo bienestar.

Precisamente al comenzar la temporada de 1909, en el «Anuario» de «Dulzuras» se decía, con relación a la actuación de «Bombita» en el año anterior:

«Hay que descubrirse al hablar de Ricardo Torres, quien algo tendrá cuando entre cuarenta y cuatro matadores en activo no hay más que uno, en condiciones toreras completamente opuestas, pero de indiscutible gran mérito, que se iguala a él en número de contrata y en ganar dinero».

FRANCISCO NARBONA

Ricardo Torres no se olvidó, en el invierno de 1910 —a pesar del pleito—, de su entrenamiento. En el tentadero de la ganadería de Anastasio Martín, en El Quintillo, toreó con su hermano Manolo más de noventa vaquillas, a las que simuló las diversas suertes de la lidia

Rafael «El Gallo» —calvo ya en plena juventud— brinda un toro a Ricardo, su rival en los ruedos y a la vez su amigo



(Continuación.)

DE LA ENFERMERIA

El nombramiento de este personal se efectuará bajo las siguientes normas:

Cuando se encuentre vacante el puesto de jefe de servicios de una determinada enfermería, el Montepío de Toreros oficiará al Colegio Provincial de Médicos correspondiente solicitando el nombre de tres colegiados con especialización quirúrgica y que desean desempeñar el cargo; de estos tres profesores, el Montepío escogerá uno, al que remitirá el oportuno nombramiento, que habrá de ser visado por el inspector provincial de Sanidad.

El profesor, ayudante será designado por el jefe del servicio, quien comunicará al Montepío su nombre y cargo que desempeña, para que reciba, a su vez, el correspondiente nombramiento.

El restante personal subalterno será asimismo designado libremente por el jefe del servicio, sin la obligación de dar conocimiento de su nombramiento.

Si la actuación profesional del personal facultativo de una determinada enfermería diera lugar a quejas o reclamaciones, éstas se harán al Montepío Taurino, el cual, si las estima de importancia, solicitará que tres profesores médicos, uno designado por el Colegio Provincial de Médicos correspondiente a la enfermería denunciada; otro, por el Montepío Taurino, y un tercero, en funciones de presidente, nombrado por el Colegio de Médicos de Madrid, se reúnan, y después de dar audiencia al jefe del servicio contra el que se hace la reclamación, determinará si existe falta, y gravedad de la misma, pudiendo indicar al Colegio de Médicos a que pertenezca la necesidad de la separación del cargo.

El expediente se tramitará en Madrid, siendo de cuenta del Montepío Taurino los gastos ocasionados por el traslado y estancia del médico que viniere a Madrid a desempeñar funciones de vocal.

Artículo 44. Corresponde a la Empresa:

Primero. Dotar a la enfermería de las condiciones y medios de curación que definen los artículos anteriores, así como a la reposición del material gastado o inutilizado.

Segundo. Satisfacer al personal médico adscrito al servicio de la enfermería los honorarios devengados por su asistencia a la misma, y que serán:

Corridas de toros y novillos.—Plazas de primera categoría, 350 pesetas; ídem de segunda ídem, 250; ídem de tercera ídem, 150.

Becerradas.—Plazas de primera categoría, 250 pesetas; ídem de segunda y tercera ídem, 100.

Estos honorarios son por función y para todo el personal, sea cualquiera el servicio que durante ella se preste.

Artículo 45. Cuando ocurra un accidente deagraviado en la lidia, el delegado de la autoridad gubernativa dispondrá que por agentes a sus órdenes se establezca el conveniente servicio de evitación de que el público se estacione en los alrededores y en las puertas, e impedirá la entrada en la enfermería, excepto al personal facultativo y conductores del herido, que deberán evacuarla una vez realizado su cometido.

Una vez curado el lesionado, el médico encargado pasará al presidente de la corrida y a la Empresa un parte dando cuenta de las lesiones que sufrió, su calificación médica y expresión de si puede o no continuar la lidia.

Determinando la certificación médica que el lidiador no puede continuar su trabajo, si intentara reanudar se impedirá a toda costa por el delegado de la autoridad y auxiliares.

Se prestará asimismo asistencia en la enfermería al espectador, empleado o dependiente de la Empresa que lo precisare.

Para que los lesionados sean atendidos con la mayor rapidez posible permanecerá constantemente en el local de la enfermería uno de los médicos o ayudantes, ocupando los restantes un burladero construido con las debidas condiciones de seguridad, comodidad posible y fácil acceso, que estará instalado en el callejón, en lugar de sombra y en el sitio más próximo a la puerta de comunicación entre el ruedo y la enfermería.

EL VIGENTE REGLAMENTO TAURINO

Si hubiera de ser modificado, ¿qué reformas o aplicaciones propondría usted?



Artículo 47: Durante la corrida habrá en cada uno...



Artículo 48: Además del personal necesario para este servicio...

Artículo 46. Para la comprobación de lo estatuido en los artículos anteriores, referente a las condiciones de local y dotación de instrumental y material de cura que las enfermerías han de poseer, se establece una inspección médica obligatoria de las mismas.

Esta inspección será realizada todos los años por el inspector provincial de Sanidad o subdelegado de Medicina del distrito, quien, con la debida antelación, avisará al médico encargado de la enfermería y a la Empresa del día y hora en que habrá de realizarse para que estén presentes. Si la enfermería reúne las condiciones reglamentarias, se librará el oportuno certificado; en caso contrario, indicará por escrito las reformas o mejoras necesarias para llegar a reunir las que se estimen adecuadas.

Este certificado habrá de ser exigido por las autoridades antes de permitir la celebración del espectáculo taurino.

Se faculta al Montepío de Toreros para que un profesor médico por él designado inspeccione a su vez las enfermerías, denunciando al inspector provincial de Sanidad correspondiente las deficiencias que notare.

En las Plazas no permanentes las enfermerías serán establecidas en locales adecuados, y se ajustarán, en lo referente a material de curación, instrumental y personal, a lo estipulado en los artículos 42, 43, 44, 45 y ca. el presente para las Plazas de tercera categoría.

DE LAS DEPENDENCIAS

Artículo 47. Durante la corrida habrá en cada uno de los cuatro cuadrantes de la Plaza, dentro del callejón, un depósito de arena y dos servi-

res, teniendo cada pareja dos espuelas llenas y dos vacías, con objeto, las primeras, de cubrir en el momento la sangre que arrojen los caballos y los toros, y las segundas, forradas de hule, para recoger los despojos de aquéllos, que en ningún caso arrastrarán, llevando al efecto,

para colocarlos en las espuelas, un palo de 50 centímetros de largo con doble gancho de hierro en la punta. También dispondrá de diez lazos para el arrastre de los toros y caballos muertos, que habrá de hacerse por dos tiros de mulas, sacando primero a aquéllos, a fin de que las operaciones para dejarlos en canal puedan realizarse lo más pronto posible.

Artículo 48. Además del personal necesario para este servicio habrá el número suficiente de mozos de caballos destinados a levantar a los picadores, arreglar los estribos, retirar los caballos heridos y quitar la silla y la brida a los muertos, teniendo un especial cuidado en conducir a las caballerizas, con la mayor premura, todos los caballos inutilizados que puedan salir por su pie del redondel.

Asimismo cuidará dicho personal de levantar las monturas sin arrastrarlas y de no quitar la brida a los caballos hasta que hayan muerto.

Queda prohibido a los referidos mozos hacer recortes, llamar por modo alguno la atención del toro y llevar a los caballos del bocado para ponerlos en suerte, debiendo ir detrás de cada picador dos mozos para su servicio.

(Continuará.)

OPINIONES

Los lectores de EL RUEDO dan su opinión

Un aficionado de Lebrija propone lo siguiente.

ARTICULO 19: Dado que hoy los caballos van protegidos con los petos y, además, los toros de ahora tienen menos poder que los de antes, es, por tanto, muy reducido el número de caballos muertos por los toros en relación a otras épocas. Quiero esto decir que si las Empresas, por motivos económicos, han empleado hasta aquí caballos de cuatro reales, hoy esto no tiene explicación.

Así, pues, la Empresa dispondrá de dos caballos para cada toro, en vez de cuatro, como dice el citado artículo; pero éstos han de ser jóvenes y fuertes, debiendo tener como máximo doce o catorce años de edad, con lo que resistirán con mayor fortaleza la acometida del toro manteniéndose en pie, realizándose la suerte de vara de forma más brillante y eficaz, a la par que más abreviada, evitando también los constantes derribos, pues en esto se pasa la mayor parte del tiempo empleado en dicha suerte, quedando, a veces, los toros a medio picar."

Don Fernando Gómez Callejas, de Zaragoza, cree que sería conveniente añadir al párrafo primero del artículo 36 lo siguiente: "Los espadas, o sus representantes, deberán aceptar los toros que les hayan tocado en el sorteo y no podrán, en ningún caso, cambiar entre sí."

Don Atalfo Fierro, de Barbastro, cree que es esencial dar mayor autoridad a los asesores, y dice:

"Bien está, y es imprescindible, que haya una autoridad que represente a los señores gobernadores; pero no debieron quitar nunca la autoridad, en lo técnico, al asesor. No por el mero hecho de que un señor sea teniente de alcalde tiene que saber de toros (aunque no me cabe duda que los habrá), como también existirán ex toreros que puede ser que no estén suficientemente documentados para actuar, cosa esta que nadie como los Sindicatos podrían informar. Sé de algunas corridas en las que actúan asesores sin más autoridad taurina que el ser aficionados; esto no basta; muy diferente es cuando el que asesora es una firma reconocida.

De no reformar esto, puede perjudicar a los toreros, ganaderos, Empresas y público; más a los primeros, porque sencillamente el diestro es quien se perjudica en estar más o menos bien, si no le pasa un percance, y esto debe evitarse. Esta posible contingencia quizá obedeciera a la posible incompetencia de la presidencia. Por ejemplo: cuando sale uno de esos toros de nervio, al que parla del público confunde con la bravura, hay que picarlo bien. Esta clase de ganado hay que picarlo, proteste o no el público, así como hay toros que con uno o dos puyazos tienen bastante. Además, sabemos la afición que la lidia hay que llevarla según las condiciones del toro."

Y termina pidiendo que el asesor sea siempre un verdadero técnico y tenga la necesaria autoridad.



Manuel García Maera

116. M. L. M.—Madrid.—Los diestros que han ostentado el apodo «Maera» suman cerca de una docena; pero a quien debe de referirse usted es a Antonio Aldabalejo («Maera II»), modesto novillero cuyo nombre empezó a dejarse oír en el año 1922; surgió tres años después José García López, novillero que se hizo apodar también «Maera II», por ser hermano del matador de toros Manuel García («Maera»), y durante un breve lapso de tiempo, hasta que Aldabalejo cesó en sus actividades, pudieron confundirse las de uno y otro novillero. Si media alguna apuesta con sus compañeros de taller, usted es el que gana

117. E. R.—Jerez de la Frontera (Cádiz).—Si usted lee bien la respuesta que dimos a J. L. P., de El Cholo (Alicante), verá que no dijimos que Pepe Luis Vázquez dejara de torear en la temporada de 1944, después del grave percance que sufrió en Madrid el 22 de junio de tal año. Y como no dijimos tal cosa, ha podido evitarse la carta que nos ha dirigido denunciando un error que no existe. A la temporada que nos referimos en tal respuesta es a la última, a la de 1948, que el expresado diestro dió por terminada después de la cogida que sufrió en Valladolid el día 20 de septiembre. En castellano existe una frase muy gráfica que puede servir para expresar su ligereza.

118. E. G.—San Roque (Cádiz).—¡Ay, ay, ay! También baila usted al mismo son que el anterior e igualmente resbala al pretender que rectifiquemos una pifia en la que no hemos incurrido. Lo de que el novillero Antonio Carpio murió en Astorga el 27 de agosto de 1916 no admite rectificación, y la exactitud de la fecha puede comprobarla pidiendo a dicha ciudad una copia de la partida de defunción. Afirmar —como hace usted en su carta— que dicho infortunado diestro toreó en San Roque en agosto de 1918, o sea dos años después de su muerte, es, por consiguiente, un anacronismo de tanto volumen como el Peñón de Gibraltar. Contemple usted éste, ya que lo tiene cerca, y así apreciará mejor la magnitud de su despropósito y la del mal paso que ha dado al pedir que enmendemos lo que dijimos.



Pepe Luis Vázquez

119. E. M. F.—Quique (Pontevedra).—La Plaza de toros de esa ciudad fué inaugurada con tres corridas, de cuatro toros cada una, que se celebraron en los días 10, 11 y 12 de agosto del año 1892. En las tres que actuó como único espada Luis Mezzantini, estoqueando en la primera reses de Aleas; en la segunda, de

Si el éxito que está alcanzando el «Consultorio taurino» de EL RUEDO nos depara satisfacción, no es la de una pueril vanidad, sino la de haber acertado a prestar un servicio a nuestros lectores y a los aficionados en general.

A la vez que agradecemos las felicitaciones que nos llegan queremos hacer una advertencia a nuestros corresponsales. No deben impacientarse porque las respuestas tardan en aparecer. Seguimos en este aspecto un turno riguroso, y, además, muchas de las consultas, para ser evacuadas, requieren una ardua tarea de rebuasca de datos, pues muchos no se contienen ni en las Tauromaquias más reputadas.

A pesar de ello, es labor paciente que realizamos con gusto y con la única finalidad de aportar nuevos elementos de información a la historia del toreo, y desvanecer viejos errores que venían considerándose como hechos plenamente comprobados. La colaboración de quienes posean algunos de estos datos difíciles de hallar, y que lógicamente puedan escapar a nuestro estudio, la estimaremos en mucho, puesto que este «Consultorio» no se ha abierto para hacer una demostración de suficiencia, sino como un trabajo de divulgación y de conjunto.

Sepan, pues, nuestros comunicantes que en todo caso serán atendidos, tanto más cuanto que nos ha sido dado comprobar una vez más el interés que despiertan los más menudos detalles de la Fiesta Nacional, a cuyo servicio y exaltación nos consagramos.

don Félix Gómez, y en la tercera, dos de cada una de dichas vacadas. En la del 12 fué alcanzado por el primer toro un monosabio llamado Angel Busisque («Cartagenas»), y sufrió tan grave herida, que murió ocho días después. No podemos ser más extensos, porque de dar cumplida satisfacción a cuanto solicita tendríamos que hacer una historia de la Plaza de Ponte-



Luis Mezzantini

vedra, relación que, aun tratándose de un circo taurino donde la Fiesta tiene poco desarrollo, abarcaría cincuenta y seis años, y debe comprender usted que esta página no admite trabajos de tal amplitud. Dando alguna más a lo que antes decimos podremos manifi-

120. J. L. LL.—Madrid.—En nuestra respuesta núm. 86 encontrará usted los datos que desea conocer.

121. A. S.—Onda (Castellón).—El ex matador de toros Francisco Madrid y Villatoro nació en Málaga el 4 de octubre de 1889 y tomó la alterna-

tiva el 15 de septiembre de 1912 en la Plaza de Madrid, de manos de Rafael «el Gallo», al cederle éste el toro «Taconero», negro listón, de Benjumea. Segundo espada de esta corrida fué el valenciano Isidoro Martí («Flores»). Se despidió del toreo en Málaga el 14 de septiembre de 1924; pero después de once años, en 1935, reapareció en los ruedos, y la última corrida en que tomó parte fué la celebrada en la repetida ciudad de Málaga el 1.º de agosto de 1937, estoqueando reses de Villamarta, con Domingo Ortega y Pascual Márquez.

Con respecto a las puyas, dice así el artículo 32 del vigente Reglamento: «Las puyas tendrán la forma de pirámide triangular, con aristas o filos rectos; serán de acero, cortante y punzante, afiladas en piedra de agua, y no atorilladas al casquillo, sino con espigón remachado, y sus dimensiones, apreciadas con el escantillón moderno, serán: 29 milímetros de largo en cada arista por 20 de ancho en la base de cada cara o triángulo.» Para las novilladas dispone el artículo 105 del mis-



Francisco Madrid

mismo Reglamento que se rebajará tres milímetros la altura de dichas puyas.



Isidoro Martí Flores

122. Rejón. Madrid.—De los orígenes de la ganadería brava en el Méjico colonial nos habla así Cossío en su obra «Los Toros» (tomo I, páginas 256 y 257): «A raíz de la conquista, el licenciado Juan Gutiérrez Altamirano, pariente de Hernán Cortés, obtuvo como repartimiento el pueblo de Calimaya, que con su término y otras estancias que adquirió en el valle de Toluca llegó a constituir la hacienda de Atenco. Entre el ganado que para poblarla hizo llegar de España, se encontraban doce pares de toros y vacas navarros, que fueron el fundamento de la célebre ganadería que ha llegado hasta nuestros tiempos conservando las características del ganado de su procedencia.» Remitimos a usted a dicha obra para más detalles.

Para conocer lo referente al otro extremo de su primera pregunta le recomendamos el libro «Los toros en Méjico en el siglo XIX», por Armando de María Campos, pues nosotros no podemos ampliar excesivamente estas respuestas.

El diestro «Rovira» se llama Raúl Acha Sáez, y es, en efecto, vasco por su ascendencia, argentino por su nacimiento y nacionalizado peruano.

Nuestra meneguada erudición no llega al extremo de saber si en el Perú se han lidiado reses de las razas bovinas «shorton» y «hereford», pero lo dudamos mucho, sobre todo de la segunda, que es una variedad de la raza germánica, mejorada y muy extendida en Inglaterra, excelente por su carne, pero sin casta para embestir.

123. M. R. C.—Barcelona.—No, señorita; cómo bien sospecha usted, su pregunta no encaja en este Consultorio.

124. Maripe y compañeras.—Sanlúcar de Barrameda (Cádiz).—No se tratara de tres señoritas, al parecer, y daríamos la callada por respuesta, pues no sabemos ya cómo decir que entre las cosas que excluimos de nuestras informaciones en esta Sección están las direcciones de toreros y apoderados, pues esta página no es una Guía Taurina.

125. Un aficionado.—Zaragoza.—Como encajar, no encaja su pregunta en esta Sección; pero aun así y todo, le diríamos, de saberlo, lo que usted desea averiguar. Para complacerle, habríamos de realizar una labor inquisitiva que se aparta de nuestras tareas habituales y del tono que esta página debe tener. ¿Por qué no escribe usted a la persona aludida en su carta?



Puya reglamentaria

INFLUENCIA de la POESIA



LOS banderilleros Antonio López («Niño Rita») y Baldomero Castillo («Castillito»), residentes en Barcelona, estaban pasando grandes apuros económicos. Ni les salía una corrida, ni sabían cómo resolver sus abundantes necesidades.

En tal situación, «El Niño Rita», que versificaba con relativa soltura, tuvo la ocurrencia de dirigir una carta en verso a su casero, de quien logró que no le desahuciase; y poco tiempo después, con otra misiva en romance, consiguió que el empresario le diera dos novilladas.

Enterado del caso «Castillito», se propuso imitar a su compañero. —¿Pero tú «chanelas» de eso?—le preguntaron. —Yo —repuso «Castillito», con tal de comer y torear, y de tener dos pesetas, me meto a don Calderón de la Barca mañana mismo.

El conde de Las Navas no puede aburrirse en los toros



El conde de Las Navas presencia una corrida en la plaza de Madrid. A su derecha el rejoneador Pepe Anastasio y el apoderado de toreros Gómez Moro (Foto Santos Yubero)

MUCHAS veces ya hemos oído decir a los aficionados que la Fiesta tiene algo de rito. Y así es. Por regla general, el espectador de toros no es un espectador, sino una especie de fanático, que asiste al espectáculo con fervor casi religioso. Raro es el que no conoce todos los pormenores que rodean el momento de la gran tragedia que tiene su escenario en el ruedo. Y este conocimiento llega a su máximo nivel cuando el aficionado sabe, además, del toro. Ese es el caso del conde de Las Navas, con el que hemos tenido una agradable entrevista. El conde de Las Navas es uno de los aficionados verdaderos y de los buenos conocedores del toro. Actualmente, en su ganadería se cría ganado de lidia, por el que siente verdadera afición.

En los preliminares de la charla hablamos con el conde de ese magnífico libro, titulado «La Fiesta más nacional», que escribió el anterior conde de Las Navas. Este libro agotó sus ediciones, y tuvo su autor la elegancia de hacer una edición especial de diez volúmenes, editados con todo lujo —el conde tenía a gala el saber editar sus libros primorosamente—, que regaló a los personajes más elevados de España. El primero le fué entregado a Don Alfonso XIII, niño entonces aún; otro, a la Reina Regente; otro, a la infanta Isabel... «La Fiesta más nacional» volvería a agotar sus volúmenes si se reeditara, porque, a pesar de haberse escrito después libros taurinos tan documentados e interesantes como la «Enciclopedia» de Cosío, el del conde de Las Navas es un importante tratado, que, además de encerrar en sus páginas todo el sabor de una época, recoge, en una serie de notas muy completas, cuantos datos conciernen a la historia del toro. Hemos tenido en las manos uno de aquellos volúmenes, uno de los más interesantes, porque en él, en sus márgenes, figuran anotaciones de puño y letra del conde, recortes de Prensa y otros datos importantes para el bibliófilo.

Surge la pregunta:

—¿Influyó en su afición este libro, que es una exaltación de la Fiesta?

El conde sonríe. Es posible que no esperara que empezáramos por ahí.

—Pues, verá usted: Cuando yo conocí este libro ya era muy aficionado, porque voy a los toros desde niño, y casi desde entonces me gustan. Además, no puede decirse que haya heredado yo

mi afición del conde de Las Navas, el autor del libro, porque, como usted sabe, fué mi padre político. Ahora bien, es verdad que en las páginas de «La Fiesta más nacional» he encontrado datos que no conocía, y he sabido cosas del toro que, de no haberlas leído en él, las hubiera ignorado.

—¿Cómo fué el hacerse usted ganadero de reses bravas?

—La historia de mi ganadería es bien sencilla. A pesar de que se considere la ganadería brava como un lujo, yo tengo de ella otro concepto, y, además, creo que la cría de ganado se ajusta casi siempre a las condiciones del terreno y de los pastos. En mi finca existen condiciones verdaderamente favorables para la cría del ganado bravo, y es una verdadera lástima desaprovecharlas. No dudo de que la casta del toro es el principal factor. Pero tampoco dudo de que la casta puede degenerar o mejorarse, según el medio en que se desarrolle. El terreno flojo ablanda las patas del toro; así, vemos muchas veces toros de extremidades tan débiles que se les doblan al andar, y otros, tan gordos y de tan buena estampa, y que en seguida demuestran su pesadez, y la hierba los hace gordos, sin fortalecerlos. Lo importante es que tengan buenos pastos y que el terreno sea apropiado. El haber conseguido buen ganado de media casta me animó a emprender la cría de ganado bravo. He comprado una punta de ganado de Cobaleda, y hasta ahora, el resultado es satisfactorio.

—Bueno, pero, además de esos acertados cálculos suyos acerca del terreno, ¿es que a usted le gusta la cría de reses bravas, ¿no?

—Claro. Como aficionado a los toros, me interesa, sobre todo, el toro de lidia.

—¿Usted ha toreado?

—Sí, algunas veces. Creo que todo andaluz, yo soy de Málaga, ha toreado alguna vez y lleva dentro la afición al toro. Claro que no puedo presumir de haber realizado grandes hazañas taurinas. Algunas vaquillas han pasado por mis manos, pero nada más. En cambio, mi hijo tiene verdadera afición. A sus veintidós años, ya ha toreado varias veces, y creo que eso constituye su mayor diversión.

—Entonces, usted, cuando vaya a los toros, casi lo que más concentrará su atención será el toro, ¿no?

—En la Plaza, mi interés se extiende a todo. Claro que, como espectador, encuentro la ventaja de que nunca me aburro en los toros, porque, por mala que sea la corrida, tengo siempre en qué entretenerme en cuanto empiezo a observar las condiciones del toro. Eso es lo que le falta a la mayor parte del público actual: el conocimiento del toro. Muchas veces, no ha hecho el animal más que salir cuando empiezan a oírse comentarios acerca de él, y éstos son casi siempre disparatados. El prestar un poco más de atención al toro traería como consecuencia el comprender el arte de muchos toreros, que pasan inadvertidos para muchos, sin comprender que su manera de proceder con el toro obedece a las condiciones de éste.

—¿Qué clase de toro prefiere?

—En todas las épocas ha habido buenos toreros, cada uno en su estilo. El toro de antes me ha gustado mucho, y hoy, entre los toreros actuales, aunque muchos no sean aún más que promesas, puedo decir que hay verdaderos estilistas y conocedores del terreno. Creo que, lo mismo que en el toro lo principal es la casta, en el torero lo primero es que conozca al toro.

—¿Qué suerte le gusta más?

—La de matar y la de muletta; el último tercio. Sin embargo, reconozco que la de matar, que es en realidad la que más me gusta, no es la que define a un buen torero. Tenemos, como ejemplo, el de Paco Madrid, que mataba estupendamente y sin embargo no toreaba bien.

—¿Qué opina usted del público de toros?

—En él ha influido mucho el período de tiempo que ha estado sin ver corridas. Estos tres años de guerra han tenido como consecuencia, el que muchos jóvenes, que apenas habían visto toros antes, olvidaran muchas cosas y aplaudieran otras nuevas a las que en otras épocas no se daba importancia.



—¿Entonces cree usted que el público es el que ha impuesto la nueva forma de toro?

—No. Esa es otra cuestión. La forma actual de toro se debe a Belmonte que fué, a mi parecer, el verdadero revolucionario del toro. Antes, ya otros habían exigido el toro pequeño, y poco a poco, y además impuestas por los toreros, han ido viniendo las innovaciones que persisten y son del agrado del público de hoy.

—¿Y hay algo en este toro, con lo que no esté usted conforme?

—Una cosa, que no comprendo cómo fué implantada por un gobernante tan español, tan castizo y tan aficionado a la fiesta de los toros como el general Primo de Rivera: los petos. Han restado gracia a la suerte de varas, que antes era un alarde de maestría por parte del picador que a la fuerza debía ser un buen jinete. Creo que entre los españoles resulta un sentimentalismo incomprensible el defender al caballo de manera tan antiestética.

Y así acaba nuestra charla de toros, con el gran aficionado y torista acérrimo que es el conde de las Navas.

PILAR YVARS

COÑAC

1850

(SOLERA RESERVADA)

La marca de Jerez de siempre



VALDESPINO

GRANADA y los TOROS

(Triptico)

El torero de Granada

Esta Granada abierta, voz profunda
de un agua oculta que se vierte en flores:
esta Alhambra, bandera de colores
donde la piedra es flor muerta y rotunda.

Ese cruce escondido que se vierte
en la fuente de un siglo ya olvidado:
ese gesto elegante y resignado
frente a una vida que semeja muerte...

Ese río sin agua, que es garganta
sin voz y es emoción sin ritornelo:
esa vena sin sangre bajo el cielo,
que sin embargo vive, corre y canta...

Ese rumor de acento presentido
en el Generalife, que nos llega
como un barco de sueños que navega,
de gloria, por el ancho mar, herido.

Sin versos el Genil, sin oro el Darro,
Bib-Rambla sin zagrías ni gomeles...
y Granada que sueña redondeles
y un torero de bronce, sol y barro...

Tu torero ha de ser mezcla remota
de arabescos clavados en el traje:
aristocracia azul de Abencerraje
con la larga en la capa de derrota...

O un gitano escondido en la negrura
de una noche racial, que se hace llama...
¡Oh Granada!, que entera se derrama
y a escapar de las manos se apresura...

Un torero en Granada bien nacido
ha de tener raíces en la historia
y avivará el clamor de su memoria
hablando en los rincones del olvido

Torero de Granada... Limitada
por sueños y destinos esta vida
en una sangre ausente derramada...
Muerto antes de nacer, borde de herida
ha de ser el torero de Granada...



La calle sola

Honda calle de Granada,
silencio de cal cerrado,
media tarde nazarena...
Inego, nada...
después, pena...
y el latir apresurado
de una paloma enjaulada...

Bordón de guitarra ausente
(bordón, desgarro y quejido),
prima cándida en la frente
y un latido
en el aire, en los rincones...
Granada de las pasiones
que se hacen choro y cantar...
Con luna de cualquier parte,
siñas fijas que bordarte
el traje de torero.

Ventanas de barrio mozo,
columnas que son sultanas
hechas piedra,
Sobre los cielos de oro,
para tu traje torero,
la hiedra
de las ventanas,
¡la hiedra del mundo entero!

Por la calle larga, hundida,
has de pasar lentamente
con la capa recogida,
con el miedo sonriente...

Detrás, la cuadrilla,
Una cara en la ventana asoma
sus orientes de aceituna,
¡ay!, prisionera paloma...

Y te perderás, risueño,
a una Plaza que no existe...
Una fuente, como un sueño,
sigue goteando triste...

Y los que quieren saber
cómo fue tu estampa humana,
torero que no has nacido,
han de buscar la mujer
que piensa en una ventana
sin haberte conocido...

La muerte

Recamado de laureles,
buen torero de Granada,
se han de inventar redondeles
para tu fruta plantada.

Torero extraño y jugoso
como un príncipe oriental...
Se oyen las jacas de «acose»
en las fuentes de cristal.

Ella, traen por el espacio
toros de menta y arena.
Han un axil de topacio
y una copla que no suena.

Vigia del Albalcín,
estás mirando en la altura,
saltando el esto carmín,
la «panja» viva y oscura...

Si ya están en los toriles,
no deben ahogar la espera,
Pasadoble de añales
y tu capa de bandera...

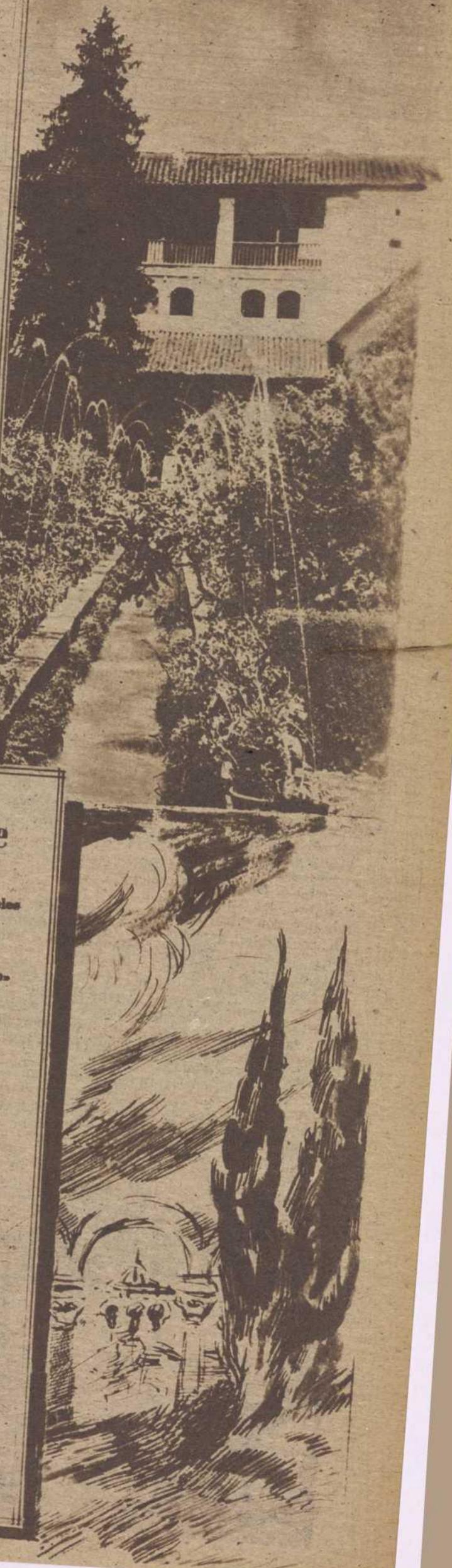
Y así esperando, maitrecho
de siglos y ambiciones,
está el torero derecho,
árbol de verdes canciones...

Viene del aire un fluir
de ríos, como clarines...
Tengo que verte morir
entre palmas y jazmines...

Clama el corazón desierto:
en un parto estremecida,
Granada, de sol y huerto...

¡Quién pudiera darte vida,
torero en el sueño muerto!

M. MARTINEZ REMIS



El Club taurino de PAMPLONA



Marcando un becerro

EN Pamplona, ciudad de Iruña, se fundó el Club Taurino el 7 de marzo de 1948. Un grupo de aficionados, de lo más selecto de la capital, recogiendo el anhelo de numerosos entusiastas de la Fiesta Nacional, citó a una reunión de taurófilos en un bar de Pamplona, para sentar la base de un Club Taurino que sirviera de punto de reunión de los aficionados a la Fiesta brava.

La cita fué un éxito. Multitud de aficionados acudieron al lugar indicado, y en medio de gran entusiasmo se dieron a conocer los estatutos por los cuales se había de regir la nueva organización. Acto seguido se procedió a nombrar la Directiva, recayendo los cargos en los señores siguientes:

Presidente, don Luis Lorda.

Vicepresidente, don Florencio Grávalos.

Secretario, don Angel Morales.

Tesorero, don Antonio Mendizábal.

Vocales: don Eduardo Goñi, don José María Iriarri, don Gabirel Archanco, don Lorenzo Martincorena, don Vicente Galbeto, don Angel Pueyo, don Santiago Iturria y don Emilio Purroy.

En Navarra, tierra viril y noble, amante de las tradiciones, no podía faltar la representación de la Fiesta más española, que pregona con su gallardía la característica de una raza indomable, que, a través de la Historia, ha marcado la huella de su paso por el mundo.

Desde su fundación, la Directiva del Club, haciéndose cargo de su responsabilidad, con el mayor celo ha procurado mantener el espíritu vivo de la afición, siendo su primera intervención el



Preparando la comida

16 de mayo, sufragando los gastos de los funerales del inolvidable "Joselito", el gran torero de Gelves.

El 18 de julio organiza una corrida de toros a base de los toreros gitanos "Cagancho", "Gitaniño de Triana" y el "Albatrin", sorprendiendo a la afición navarra ante el magnífico acontecimiento.

Eligiendo fechas oportunas organiza conferencias taurinas, que son acogidas con agrado por los aficionados a la Fiesta Nacional.

El día 28 de agosto honra la memoria de "Manolete" con solemnes funerales.

Ultimamente, el día 29 de noviembre, festividad de San Saturnino, Patrón de Navarra, el Club Taurino se supera, y en colaboración del prestigioso ganadero navarro don César Moreno, que incondicionalmente, con un gesto que le honra, se pone a disposición del Club. Se organiza una excursión a "Campo Nuevo", término de Tudela, donde el rumboso don César tiene emplazada su ganadería, abonando el Club todos los gastos de los socios que deseen acudir a la jira campera, siendo más de 80 afiliados los que aceptan la invitación.

El día transcurre en



La Junta directiva del Club



medio de la mas franca alegría. Se marcan alrededor de 35 becerros, escrupulosamente elegidos, que en la prueba resultaron bravísimos, y al final se da suelta a varias vaquillas emboladas para que los socios luzcan sus habilidades taurinas, abundando los "aterrijaes" forzosos. Y como colofón se sirvió un extraordinario ágape, bien condimentado en la clásica "caldereta", rociado por el ardiente vinillo de la ribera navarra, desbordándose la alegría a torrentes al calor del delicioso néctar.

Esta es, a grandes rasgos, la historia del Club Taurino de Pamplona, que tiene el honor de aprovechar la gentileza del director de la importante revista española EL RUEDO para saludar, por medio de sus páginas, a toda la afición taurina de España.

Pamplona, que tanto sabor tradicional tiene en sus célebres fiestas, donde se pone a prueba el valor de sus mozos, no podía quedar atrás en esta clase de reuniones de aficionados.

BONARILLO

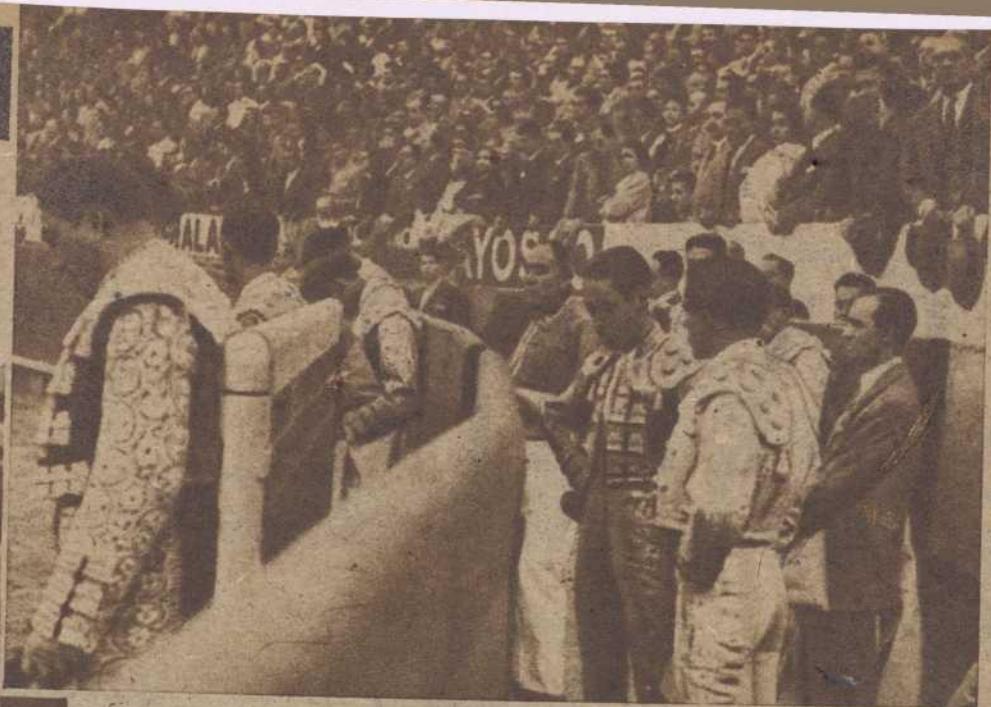


Los socios del Club lidiando unas vaquillas

Afiliados al Club durante la jira campera en Campo Nuevo (Tudela)
(Foto Gómez)

LA CORRIDA DEL DIA 2 EN MEJICO

Toros de Pastejé para «Calesero», Luis Procuna y «El Diamante Negro», que hacía su presentación



Un minuto de silencio en memoria de Alberto Balderas al cumplirse el octavo aniversario de su muerte

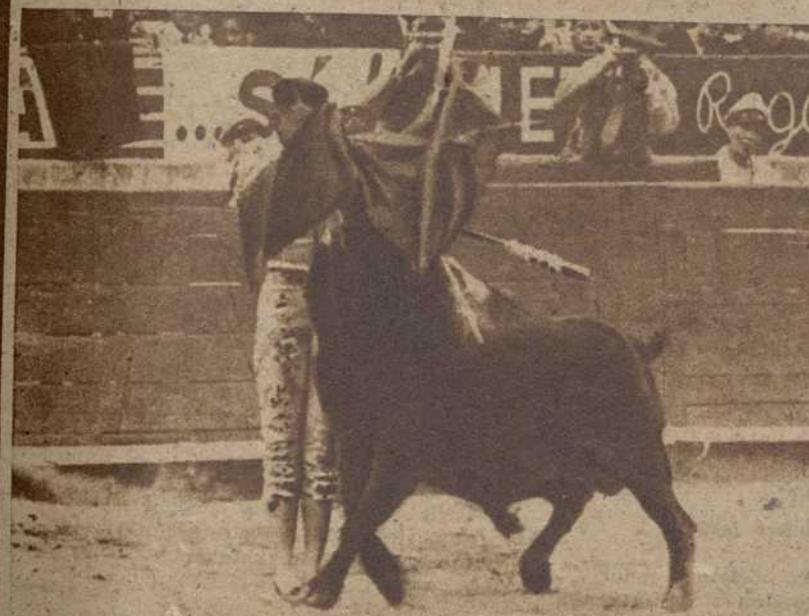


El venezolano Luis Sánchez, afectado por la altitud de la capital mejicana, descansa unos minutos



Un momento feliz de la actuación de Procuna en una tarde en la que el ganado rayó a mayor altura que los toreros

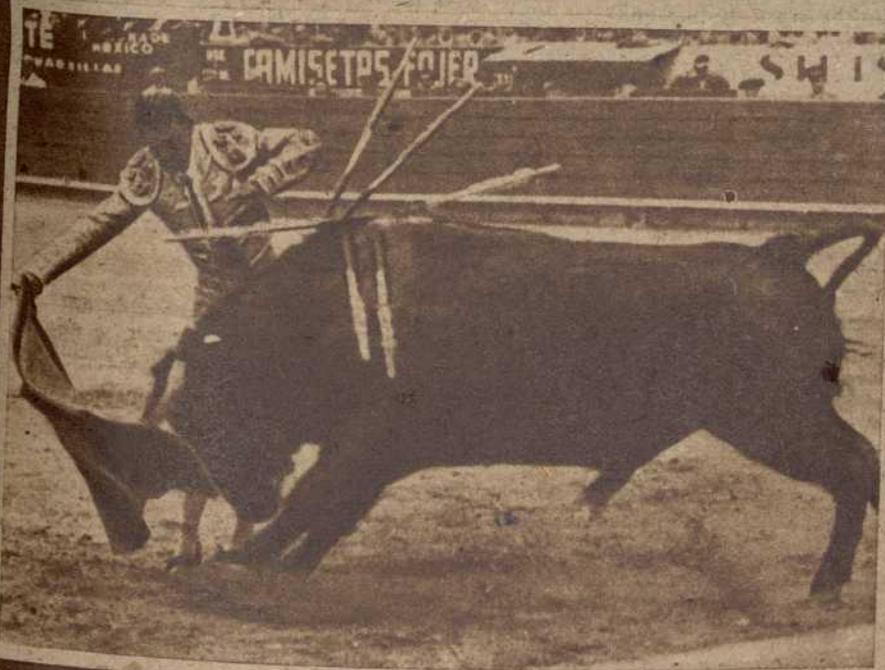
«Calesero» toró movido y sin lucimiento. Aquí le vemos en uno de los pocos muletazos buenos que dió



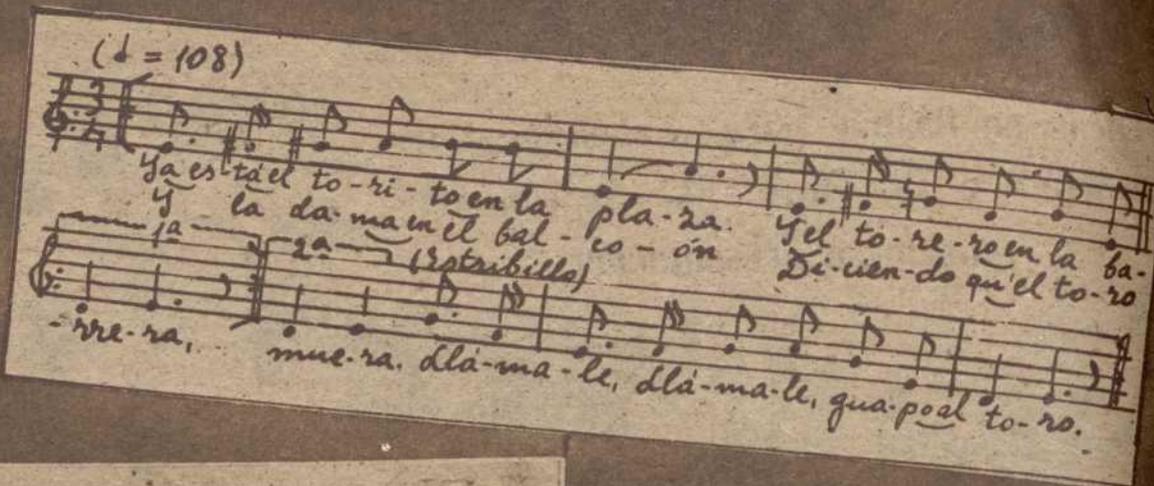
En algún muletazo se arrimó Procuna al bravo toro de Pastejé, que mereció el honor de ser ovacionado

(Fotos Cifra, exclusivas para EL RUEDO)

La actuación de «El Diamante Negro» fué buena. El venezolano rematando un quite



DEL FOLKLORE * TORERISMO RURAL



III EL TORO EN LA PLAZA

Es el apartado más copioso del *Cancionero taurino* en lo que a torerismo aldeano se refiere. Mas antes de entrar en esta materia debemos hacer mención de unos pocos ejemplos que cabe situar entre *La espera del toro* (véase núm. 235 de este semanario) y el que ahora nos ocupa. Nos referimos a la *Expectación popular ante las fiestas taurinas*.

En Valtierra (Navarra) se oye este dístico donde se evidencia la secular pasión que sienten sus naturales por la corrida de vaquillas. La escasez o carencia de dinero no cuentan para ello:

*Aunque la villa no tenga dinero
ha de haber vacas por San Irineo.*

(Iribarren.—*Baiburrillo navarro*.)

En Tendilla (Guadalajara), con ocasión de las fiestas de la Virgen de la Salceda, cántase esta cuarteta por boca de las mozas del pueblo:

*Deseando estoy que llegue
la Virgen de la Salceda
para irme a divertir
con mi novio a la barrera.*

(Vergara Martín.—*Diccionario geográfico popular*.)

No hay tal barrera, sino un tablón que sobre un carro o un andamio colocan para presenciar la fiesta las muchachas más empingorotadas.

Pero en el citado pueblo el sentimiento que causaría la no celebración del espectáculo lo asocian de modo terminante a la propia Virgen:

*Todos quieren que haya toros;
pero si no los hubiera,
se quedaría muy triste
la Virgen de la Salceda.*

En la misma provincia, y en la propia obra del recientemente malogrado folklorista, aparecen estos versos de seguidilla con un tinte de picardía:

*Vámonos, Juana,
a los toros de Budia,
que son mañana:
vene conmigo,
que no eres la primera...*

La impaciencia, a siete meses vista, queda reflejada en los mozos de Pamplona cuando cantan con música bulliciosa estas rimas demasiado conocidas:

*Uno de enero,
dos de febrero...*

De León conocemos un estribillo que más bien alude al torero profesional. Al bicho le atribuyen dotes de lindeza física, claro es:

*Qué bonito toro/que van a lidiar
en la Plaza Nueva/de la Libertad.
Qué bonito toro/que va a morir
en la Plaza Nueva/de Valladolid.*

(Fernández Núñez.—*Cancionero leonés*.)

Donde quedan patentizados la pasión y ardor toreros, hasta llegar a la imposición a la autoridad local, prescindiendo del anunciado baile en los festejos y alcanzar rasgos irreverentes, es en esta composición salmantina. Se trata de una charrada en forma de jota que cantan los mozos en San Cristóbal de la Cuesta:

*¡Señor alcalde! (bis)
que si no hay toros,
tampoco hay baile (bis),
tampoco hay misa
porque los mozos
no la precisan.*

(Sánchez Fraile.—*Nuevo cancionero salmantino*.)

Terminamos este breve capítulo con una cuarteta de seguidilla procedente de Torrejón de Velasco (Madrid). Aquí se comenta la bravura de los astados y el mayor o menor miedo de los lidiadores en ciernes:

*Si los toros son bravos (bis)
ya lo veremos,
y el que tira la capa
con menos miedo.*

(Comunicada por M. García Matos).

Dada la abundancia del tema *El toro en la Plaza*, nos permite dividirlo en varios grupos: *Ardor torero, Amatorios, Amor y taurofilia, Ma-*

jeza taurina, Miedo, Temas agrupados, Incidentales y Festivos.

En las provincias de Salamanca, Cáceres y Avila se conocen algunas variantes (con estribillos distintos) sobre un mismo tipo de canción en la cual las muchachas muestran ardor torero. En síntesis, la copla dice así:

*Ya está el torito en la Plaza
y el torero en la barrera,
las damas en el balcón
diciendo que el toro muera.*

Estribillo salmantino:

*Salga el toro del toril,
que lo quiero ver morir.*

Estribillo cacereño:

*Llámale,
llámale, guapo, al toro;
híncale las banderillas
al otro lado del lomo.*

(De ilustración musical presentamos una variante de Torrejoncillo, de la misma provincia.)

Estribillo abulense:

*Salga el torito (bis)
con esa escarapela.
¡Qué rebonito!*

Veamos otro estribillo salmantino sobre cuarteta análoga. Aquí el ardor torero queda superado en la misma dama cuando anuncia que va a matar el toro:

*Ven acá, torito;
ven acá, galán;
yo soy la torera
que te va a matar.*

(Variante de otro publicado en el número 235 de este semanario.)

En Coria (Cáceres), con ocasión de *El toro de San Juan*, fiesta de suma emoción y colorido, de la que en otra ocasión trataremos, úsase este expresivo cantar:

*Ya está el torito en la Plaza
y el torero frente a frente,
pa poner las banderillas
que es lo que el torito siente.*

Estribillo:

*Salte del hondón,
del hondón sale.*

(Del *Cancionero*—*inédito*—de la Alta Extremadura, t. II, de M. García Matos.)

En Tortosa, cuando el público se cansaba de aguardar a que se abriese la puerta del toril, cantaba el primer estribillo salmantino antes mencionado («Salga el toro del toril») y añadía lo siguiente (recogido por el maestro Pedrell en sus juveniles años):

*Es mi Manuela tan tonta,
cuando salgo a torear,
qué se piensa la tontona
que el toro me va a matar.*

(*Cancionero musical popular español*, t. II).

Por no rebasar los límites prudenciales de este artículo dejamos para otro número los grupos que aún nos faltan, de cuyo carácter hemos hecho antes mención.

BONIFACIO GIL

LA MUSICA EN LOS TOROS

El maestro Santiago Lope, de la Banda Municipal de Valencia, compuso los pasodobles más garbosos de la Fiesta Nacional



El maestro Santiago Lope

FUE EL COMPOSITOR DEL TOREO

HASTA nuestro 1949 han llegado por las ondas brujas de la radio a nuestra alma nacional y al mundo entero aquellos pasodobles, llenos de color y brío, que en 1905 componía en Valencia el maestro Santiago Lope para desplegarlos como música de lujo en los domingos de primavera en el parque de La Glorieta, donde por las mañanas tocaba la Banda Municipal, que el maestro, por aquellos años, dirigía. No se han hecho, ni antes ni después de Lope, músicas de toros más gallardamente ceñidas, como capotes brillando rosas y oro en revoleras en torno a la cuerna de un Veragua o de un Miura, como esos pasodobles que se llaman "El Gallo", "Angelillo", "El Gaona", "El Dauder"... Hoy, al oírlos de nuevo brotar como rayos de sol de tarde valenciana de toros de la Feria de julio, perfumados de rosas de la Ruzafa mora, llevando prendidas en los flecos de sus notas faenas brillantes de Fuentes y de "El Gallo", nos traen la evocación fina de todo aquel tiempo de principios de siglo, tan sensual y popular, zarzuelero y taurófilo, cuando en el aire vibraba el apasionado amor de "La reina mora" y de "La Revoltosa".

Comenzaba entonces la Casa Ortega a grabar sobre piedras litográficas aquellos cromáticos carteles de toros que las convertían en piedras preciosas. La litografía famosa, que llevó a toda España, hasta el más rústico pueblo de las capeas que pintaba don Ignacio Zuloaga, la alegría brillante de la Fiesta Nacional, era un taller amado del pueblo, situado en la calle típica de Ruzafa —camino de la Plaza de Toros—, junto a horchaterías valencianas y con el teatro de las zarzuelas, Apolo, gritando en sus carteles los títulos de aquellas obras del maestro Serrano y los hermanos Quintero, de Chapi y de Chueca, que desplegaban los más encendidos dios de amor popular. Colgaban de los muros del taller carteles con manolitas de pañolón de chinos, aquellos que Ayún, el pintor mágico, llenaba de pájaros y de rosas para enviarlos desde Manila hasta el Madrid y toda la España, rica en carácter colonial, opulenta todavía de ensueños de raza de conquistadores. Los de toros eran carteles de que desbordaban

ba toda la lira de la canción primaveral de la Fiesta española. Pues en aquella hoguera de sol de Valencia, que tenía por tizones claveles y rosas de la huerta y por cenizas dejaba nostalgias moras del paso de cada día en el alma, supo el maestro Santiago Lope adueñarse completamente y llevarla a relucir alegría torera a la Banda Municipal, haciendo pasar por las flautas, clarinetes, trompas y óboes el aire lleno de color y de pasión honda y dramática de la España gloriosa, heroica, de la erguida valentía ante el dolor y la muerte. Santiago Lope fué el compositor del toreo.

LO QUE EXPRESAN SUS PASODOBLES

Estrenados los domingos de toros en las mañanas de La Glorieta, pasaban inmediatamente a los ruedos taurinos, a desplegar su gracia torera al unísono de los gritos de alegría del gentío, sincrónicos a los más hermosos lances de lidia de "El Gallo", de Vicente Pastor, de Reverte y de Antonio Fuentes. De ahí saltaban los pasodobles de Lope, como pájaros de mantón de Manila, a los cafés en la hora abarrotada de conversaciones taurófilas y de humo de habanos; en aquellos cafés, grandiosos como palacios de "Las mil y una noches" que había en Valencia en 1905. Aquel "Café de España", decorado como una Alhambra, que se enviaban unos a otros enormes espejos, todos azules de humos de tabacos de lujo, y en cuyas lunas parecía que iba a aparecer una huri entre la visualidad del torero que lanceaba a un negro toro, con placas de carmín de su sangre que brotaba de sus rehiletes de colores en el cartel de Ruano Llopis colgado en sitio preferente. El piano de cola, que había tocado el triunfo de la opulencia wagneriana, acuciado luego por el tumulto de cucharillas sobre las copas, arrancaba las notas brillantísimas de un pasodoble de Santiago Lope. ¿Qué expresaban estos pasodobles? Tienen —y tienen, como tendrán siempre, en tanto sea entraña de la raza la Fiesta Nacional— una melodía sabia, hecha de ritornelos de melancolía, de contravoces que cantan por lo bajo la tristeza de la muerte en tanto refulge por lo alto el ramo de rosas de una alegría apasionada. El ritmo es siempre retador, valiente, como si lo marcaran como platillos los dos soles de la raza: el sol que no se ponía nunca sin crepúsculo y el que nos llevó a la amanezca gloriosa de la América de los Andes inmensos y de los cóndores de fuertes alas. Arranca la primera frase como un vuelo del alma española a su gloria imperial. La frase se repite, se eleva, asciende; tiene un brío de águila blanca, en cuyas garras arrastra una bandera de rosas encendidas y de girasoles. El aire que mueve su ritmo es el de los capotes y los paños de púrpura de la lidia. El brío del toro es el brío de esa música, que parece traer a la vida yo no sé qué aire celeste del que se mueve en torno al relumbramiento de la conste-

lación de estrellas de Tarso. Y la música se riza en una doble filigrana de alegría y color, por arriba; de nostalgia y pena profunda en sus frases que repiten los bajos. Lope tenía por corazón un clavel de 1905.

CERCA DEL PUEBLO

Había de ser así, porque el maestro Lope estaba muy cerca del alma popular. El pueblo le adoraba como un idolo. Y esto no es hipérbole. Es sencillamente una verdad. En torno a aquel quiosco medio oriental, de madera, que centraba el paseo de La Glorieta, con su fuente de un tritón de cuya cola surgía un espadín de agua brillando en el azul, la música agrupaba a obreros y artifices, mujeres planchadoras y menestrales, con su pañuelo de seda a la cabeza y sus faldas de percal "planchás", rosas en el pelo y chapines de charol. El quiosco, con persianas verdes, a estilo colonial, se redondeaba a la sombra de dos palmeras reales, africanas, que eran como abanicos de la brisa del Mar Mediterráneo. Ningún maestro fué tan amado del pueblo como Lope, el director de la Banda Municipal de Valencia. El maestro era un dechado de simpatía. Joven, con esa morena piel del árabe imaginativo; los ojos llenos del mismo fuego que ha quedado prendido en sus pasodobles; negro y espeso bigote, y un lunar de majestad, como una chispa o nota de sus pasodobles que hubiese saltado desde los pentagramas a besarle como a padre pródigo de inspiración, el maestro Lope había enamorado a Valencia como una mora cristiana que tuviese un corazón flamenco, andaluz.

Cuando murió, en plena juventud, de un cáncer que le roía la vida, el pueblo todo se sintió sobrecogido de espanto, de dolor, como si hubiese sufrido una cornada de Miura... Era un día gris y lluvioso del otoño. Los crisantemos, como gusaneras de colores, trezaronse en cientos de coronas... ¡El maestro Santiago Lope habla muerto!... Toda la huerta estaba de luto. El circo —de traza romana— del ruedo valenciano parecía llorar nubes bajas por los arcos de sus piedras antiguas, de acueductos de sangre torera. Todo el pueblo fué acompañando el féretro del maestro Lope. Las mujeres lloraban... Y la Banda Municipal de Valencia, con lazos negros en sus uniformes, iba tocando, sin su director, sin batuta, la "Marcha fúnebre" de "El ocaso de los dioses", de Wagner. Pero el público pidió que tocase un pasodoble del maestro. Y en el día gris, en la negrura de los lazos y de la caja negra, en el coche fúnebre lleno de flores, resonó "El Gallo", y su desbordante pasión, su luminosa alegría, arrancó a las mujeres un sollozo que les surgía del fondo de su corazón de Manolas.

EMILIO F. DE ASEÑSI

Pl. de Toros de Valencia



La temporada última en la provincia de Córdoba

Corridos y novilladas en Lucena, Cabra, Priego, Pozoblanco y Bélmez

YA que hemos dado a los lectores de EL RUEDO cumplida cuenta de lo acaecido durante el curso de 1948 en la Plaza de Córdoba, y aun de los más interesantes acontecimientos que al margen de la Fiesta se desarrollaron en esta ciudad, de tan taurómico abolengo, justo es que complementemos nuestra labor dando una referencia de aquellos festejos de importancia que tuvieron por teatro los cosos taurinos de la provincia cordobesa. Así, vamos a hacerlo, tomando como base únicamente las novilladas con picadores y las corridas de toros, y algún otro espectáculo que, por su transcendencia histórica, convenga dejar citado aquí.

Las Plazas más importantes de esta provincia son las de Lucena, Cabra, Priego, Pozoblanco y Bélmez. Existen también cosos de más modesta traza en Puente-Genil, Rute, Almodóvar y otros, e incluso muchos pequeños pueblos improvisan, con ocasión de sus ferias, Plazas de Toros, en las que tienen lugar festejos a cargo de ignorados «ases» de la Fiesta.

Cronológicamente enumeradas, el 27 de marzo se celebró en Cabra la primera novillada «formal» del año en nuestra provincia. Con cuatro reses de don José Pedrajas López, de Córdoba, que dieron buen juego, actuaron Manolo González y «Rafaelito Lagartijo», escuchando música el primero, por la faena realizada al novillo que cerró Plaza.

De la campiña pasamos a la sierra: a Bélmez, donde, el 18 de julio, hubo otra novillada, con el rejoneador Pepe Lácova y los diestros Gumer Galván y «Diamante Negro». Se lidiaron un novillo de José de la Cova y cuatro de Ignacio Sánchez, de Salamanca. Galván cortó una oreja al tercero, y el «Diamante» estuvo desafortunado, hasta el punto de escuchar un aviso en el último de la tarde y salir de la Plaza custodiado por la fuerza pública.

En Lucena, el 25 de julio, actuaron Pablito Lalanda, «Frasquito», que reaparecía en Andalucía, y Manolo Vázquez, con novillos de don Bernardino Giménez (Villamarta), muy bravos. Lalanda oyó música en ambos y cortó una oreja; las dos, y el rabo de su segundo, fueron para «Frasquito», que también fue «musicado» en ambos bichos, y el hermano de Pepé Luis cortó otra oreja y escuchó música en su segundo.

Una novillada sin picadores se organizó en Rute, para el 11 de agosto. Y la traemos aquí —por excepción— por tratarse de la fiesta inaugural de aquella placita, que presidió el famoso ex matador de toros Rafael González Madrid, «Machaquito». Actuaron aquel día los noveles diestros Facundo Rojas, de Córdoba; Alfonso Cerdón Mangas, de Sevilla, y Rafael Sánchez Saco, de Córdoba, con novi-



Los cuatro diestros cordobeses de la temporada de 1948. Martorell, «Lagartijo», «Calerito» y Luis Rivas —el último en traje de calle—, antes de hacer el paseo en la Plaza de Lucena, acompañados del ganadero don José Pedrajas y de «José Luis de Córdoba»



Antonio Bienvenida



Manolo González



El Andaluz



Manolo Navarro

Inauguración de la Plaza de Rute, bajo la presidencia de «Machaquito»

llos bravísimos, de don Eduardo Sotomayor.

En el importante pueblo de Priego, con motivo de la feria, se celebró, el día 3 de septiembre, una corrida de toros, con la actuación de Antonio Bienvenida, Luis Mata y Manolo González, que estoquearon toros de don Eugenio Marín. Luis Mata fué el triunfador de la jornada, pues obtuvo cuatro ore-

jas y dos rabos.

Y otra vez a Bélmez, el 8 de septiembre. Reses de don José Pedrajas, difíciles, para Gumer Galván, «Rafaelito Lagartijo» y «Calerito». «Lagartijo», en su segundo, escuchó música en la faena de muleta y dió la vuelta al ruedo. «Calerito», en el tercero de la tarde, cortó dos orejas, y al final de la corrida fué sacado en hombros.

El mismo día, 8 de septiembre, hubo en Cabra otra novillada, en la que actuaron Martorell, Luis Rivas y Julio Aparicio, que se presentaba en la región andaluza. En pos de este torero, la afición fué al bello pueblo de don Juan Valera y colmó la Plaza a rebosar. El resultado artístico fué este: Martorell, dos orejas y rabo y tres vueltas al ruedo, y Rivas vuelta al anillo en ambos. Fué el ganado del conde de Ruiseñada.

Al día siguiente, 9, fuimos a Lucena. Novillada de feria. Reses de don José Pedrajas López, que dieron buen juego, para Martorell, «Rafaelito Lagartijo» y «Calerito». Martorell dió la vuelta en su primero. «Lagartijo», también en el único que mató, por sentirse indispuerto, y «Calerito», que estoqueó tres, cortó las dos orejas y el rabo del quinto.

El último festejo taurino celebrado en nuestra provincia fué la corrida de toros de la feria de Pozoblanco. Actuaron en ella «Andaluz», «Rovira» y Manolo Navarro, con bichos del marqués del Contadero. Cuatro orejas y dos rabos cortó «Andaluz», y dos y rabo Navarro.

En total, dos corridas de toros y siete novilladas con picadores, amén del festejo modesto con que se inauguró la placita de Rute. He aquí el resumen que podemos ofrecer a los lectores de EL RUEDO de la temporada última en la provincia cordobesa. Ya queda re-

flejado, en las líneas precedentes, su resultado artístico. Si preguntásemos a los empresarios por el balance económico, no nos darian, de seguro, muy buenas noticias, pues ninguno de estos festejos resultó un negocio boyante. En todos —podemos asegurarlo— se registraron descabros, por la escasa capacidad de las Plazas, en relación con el excesivo presupuesto de las organizaciones. Y éste es el precedente lamentable que nos queda para temporadas sucesivas.

JOSE LUIS DE CORDOBA

(Fotos Ricardo.)

POR ESPAÑA Y AMERICA

Se teme que «Morenito de Valencia» quede inútil para torear. — Grave cogida de «Valencia III» en Caracas. — Orejas para los tres matadores en la corrida del 9 en Méjico. — Diamantino Vizéu rescinde su contrato para torear en la Monumental de Méjico

Próximamente será trasladado a Madrid Juanito Belmonte, que mejora rápidamente en una clínica de Barcelona de las lesiones que sufrió en un accidente de automóvil. Belmonte se trasladará luego al campo andaluz.

—Se anuncia la venta o el arrendamiento de la Plaza de Toros de Valencia de Don Juan. Las proposiciones deben dirigirse a los propietarios, señores Palacios y Martínez, vecinos de dicha villa.

—En Valencia (Venezuela) se celebró una corrida de toros en la que alternaron los diestros españoles Aurelio Puchol, «Morenito de Valencia», y Curro Rodríguez. «Morenito» fué cogido por su segundo toro, que le infirió una cornada en un muslo. Los médicos le apreciaron lesiones tan graves que harán precisa la amputación de la pierna o que dejarán inútil para la profesión al valiente torero. El matador colombiano Nito Ortega, catlegrafió desde Bogotá ofreciéndose a sufragar todos los gastos que origine la curación del herido. «Morenito de Valencia», que había hecho una gran faena a su primero, al que mató recitando y del que cortó las dos orejas y el rabo, fué cogido por su segundo al iniciar un molinete. Curro Rodríguez cortó orejas y rabo en dos toros.

—El pasado día 6 se inauguró y bendijo el local social del Club Taurino de Granada. Bendijo el local monseñor Fernández Arcoya, que a continuación entronizó una imagen de Nuestra Señora de las Angustias, Patrona de Granada. Es presidente del Club don Emilio Entrala, y vicepresidente, don Diego Garzón, corresponsal literario de EL RUCDO en Granada.

—El día 6 se celebró una corrida de toros en Caracas. Reses de Guayalitas, para Enrique Torres, Lorenzo Pascual, «Belmonteño», y José Roger, «Valencia III». La corrida resultó pesada. «Valencia III» fué cogido por el primer toro al hacer un quite y el espectáculo quedó convertido en un mano a mano entre Torres y «Belmonteño», que no hicieron nada notable. El público mostró su desagrado. En la enfermería facilitaron el siguiente parte facultativo: «Ha ingresado en esta enfermería el diestro José Roger, «Valencia III», con una herida de asta de toro en la parte media del muslo derecho, con gran destrozo de la masa muscular, venas y desgarramientos de la piel. La herida presenta tres trayectorias: una vertical, de 15 centímetros, otra intermuscular de la misma extensión y una tercera transversal y subcutánea. Tardará en curar, si no se presentan complicaciones, quince días.»

—En la novillada celebrada el pasado domingo en Maracay hizo su presentación el novillero español «Pedrucho de Canarias». Cortó orejas y rabos y salió en hombros. Ha sido contratado para actuar en las novilladas del sábado y del domingo próximos.

—Se van perfilando detalles de las corridas falleras. Hasta ahora están contratados Manolo González, que cobrará 200.000 pesetas por corrida, si se llena la Plaza, y Manuel dos Santos. Se está en tratos con «Parrita», Rafael Llorente, Paco Muñoz y Antonio Caro. Las corridas de Guardiola y Bohórquez han costado 129.000 pesetas cada una.

—El día 1 se celebró en Puebla (Méjico) una corrida de toros en la que Velázquez, Procuna y Rafael Rodríguez lidiaron reses de Piedras Negras.



En Bilbao se ha celebrado un homenaje a don Esteban Macazaga, que hasta ahora y durante ocho años ha sido presidente del Club Taurino «Cocherito». Le fué entregado un álbum con la firma de todos los socios. Al banquete asistieron el matador de toros «Parrita» y su padre (Foto Cecilio)



José Roger «Valencia III»

Aurelio Puchol, «Morenito de Valencia», que ha resultado gravemente herido en la Plaza de Valencia (Venezuela)

Velázquez, oreja y ovación. Procuna, bien y tres avisos. Rafael Rodríguez, orejas y rabo.

—El domingo, día 2, hubo corridas de toros en Ciudad Juárez, Ciudad Guzmán, Tampico y Campeche. En Ciudad Juárez lidiaron reses de Tierra Blanca Fermín Rivera, que fué aplaudido en uno y cortó orejas y rabo de otro, y Antonio Velázquez y Gregorio García, que cumplieron. En Ciudad Guzmán, toros de Cerro Viejo, para Juan Estrada y «Chicuelín». Estrada cortó una oreja en cada toro y «Chicuelín», que fué cogido aparatosamente, estuvo medroso. En Campeche torearon reses de Sinkennel Andrés Blando, que estuvo bien, y «Cañitas», que cortó dos orejas y rabo y salió en hombros.

—En Chignahuapán (Méjico) hubo novillada el día 2. Lidiaron reses de Carlos Guevas Mario Castellanos, que cortó una oreja, y Pazo Ortiz, que fué ovacionado.

—El pasado domingo, día 9, se celebró en Méjico la cuarta corrida de la temporada. Toros de La Laguna, para Silverio Pérez, Antonio Velázquez y Rafael Rodríguez. En el primero se lucieron en quites Silverio y Velázquez. El toro, reparado de la vista, no llegó bien al último tercio. Silverio hizo buena faena y mató de un pinchazo y media estocada. Palmas. A su segundo lo veroniqueó muy bien y volvió a lucirse en quites, en unión de Velázquez. A este toro le hizo Silverio una gran faena, de la que destacaron unos mulatazos por alto y otros con la derecha. Mató de un pinchazo y una entera y cortó una oreja. Antonio Velázquez, que se lució en todos los toros con el capote, hizo faena por derechazos y naturales a su primero y mató de una entera. Cortó oreja y rabo. En el quinto estuvo bien y fué aplaudido. Rafael Rodríguez estuvo muy valiente en el tercero y cuajó una faena que el público no esperaba. Mató bien y cortó oreja y rabo. En el sexto volvió a lucirse y fué ovacionado.

—El conocido apoderado don Ricardo Lapeira



se ha hecho cargo del novillero José Ortega, «Gallito Chico».

—El empresario Domingo González, «Dominguín», tiene el propósito de comenzar la temporada novilleril en Vista Alegre el día 27 de febrero.

—Hoy saldrá en avión para Bogotá el matador de toros Jaime Marco, «Choni».

—En las corridas del Corpus, de Granada, tomará la alternativa Pablo Lalanda.

—Se asegura que Rafael Dutrús, «Llapisera» apoderará a Rafael Albaicín.

—En unas declaraciones hechas por radio por el empresario de la Monumental de Méjico, doctor don Alfonso Gaona, al cronista Pepe Alameda, el señor Gaona aseguraba que había contratado al matador portugués Diamantino Vizéu para corresponder al cariño con que siempre son recibidos en Portugal los toreros mejicanos. Diamantino Vizéu, al enterarse de tales manifestaciones, dirigió al señor Gaona la siguiente carta: «Señor don Alfonso Gaona. Ciudad. Mi distinguido amigo: Escuché por la radio de la XEW, en entrevista que le hizo el cronista Pepe Alameda, que mi contratación es para corresponder a las gentilezas de la afición y empresas portuguesas con los toreros mejicanos. A esto deseo aclarar que yo no soy representante de la afición portuguesa, sino fruto de ella; que soy incapaz de quitar puestos a los toreros mejicanos, pues mi dignidad y mi amor a Portugal, mi Patria, me conducen por ese camino de respeto a mí mismo. Así, pues, yo declino mi ya arreglada contratación y puedo asegurar a usted que esto no enturbiará nada la actuación de los toreros mejicanos en mi Patria, pues la Empresa de la Plaza Méjico no es el Méjico taurino, como éste su servidor no es el Portugal taurino. Desde luego este incidente no mengua la estimación que siento por usted, y sólo lamento que se haya pretendido lastimar mi dignidad de torero pretendiendo halagar mi condición de portugués. Con el afecto de siempre, Diamantino Vizéu, matador de toros». Vizéu se propone cumplir los contratos que tiene pendientes en los Estados y regresar seguidamente a Portugal.

CLUB TAURINO MADRILEÑO.—El próximo sábado, día 15, a las once de la noche, en el salón de actos del Centro de Instrucción Comercial, Conde de Plasencia, 2, don Edmundo G. Acebal dará una conferencia con el título: «Resplandores de una Epopeya» (Miscelánea Belmontina).

ACEYTE YNGLEŠ



C. S. 150

PARASITO QUE TOCA... ¡MUERTO ES!

El arte y los toros
**CARNICERO, "primitivo"
de la pintura taurina**



«Vista de la Plaza y corrida de toros en Madrid», grabado, por Antonio Carnicero, el año 1791

CUANDO tanto hemos venido hablando de la pintura taurina; cuando tanto hemos deambulado de un lado a otro del arte pictórico y de sus cultivadores, bueno será retrotraernos en esta historia, más o menos sintética, del reflejo que aquél tuvo en nuestra gran Fiesta Nacional, buscando un poco sus orígenes y primeros pasos, hasta fijar sus jalones en las bellas artes, no ya españolas, sino extranjeras.

Se ha hablado mucho, se ha insistido en demasía en que Goya fué el iniciador del arte pictórico taurino, cuando es a Antonio Carnicero a quien se deben los primeros cimientos de una dedicación artística que, andando el tiempo, había de sentar carta de naturaleza en nuestra Patria.

En efecto: Carnicero puede ser considerado como «primitivo» de nuestra pintura taurina, y tan es el precursor de toda ella, que los pintores que hubieron de sucederle, no ya aprovecharon sus ideas y motivos, sino que llegaron, más o menos descaradamente, a copiarle.

Cuando Goya, en el año 1815, publica las treinta y tres primeras láminas grabadas al aguafuerte con que inicia la serie famosísima de «La tauromaquia», hacia ya veinticinco años, es decir, en 1790, que Antonio Carnicero

había publicado su «Colección de las principales suertes de una corrida de toros», compuesta de doce modelos que, llenos de gracia en la ejecución de las figuras, señalaría el principio del gran monumento pictórico-taurino que el propio Goya había de aprovechar y perfeccionar con sus grabados, dibujos y apuntes. Si es verdad que esta primitiva «Tauromaquia» de Carnicero tiene sus defectos y que no es precisamente un dechado de perfecciones anecdóticas. Carnicero limitóse tan sólo a dibujar las figuras, las escenas o suertes, sin reseñar gráficamente los fondos, ambiente y pormenores de la Plaza donde se sucede la corrida; pero fué lo suficiente para que Luis Fernández Noreset la copiara hacia 1795, y que Goya se decidiera a grabar «su» Colección, que, más vigorosa, más completa y mejor ejecutada que la de Carnicero, había de alcanzar una divulgación universal.

Un año después de su «primitiva» tauromaquia, Carnicero graba una nueva composición de ambiente taurino, «Vista de la Plaza y corrida de toros en Madrid», que fué publicada aquel mismo año 1791 por la librería Quiroga, establecida por aquel entonces en la calle de la Concepción, junto a Barrionuevo. Composición llena de sabor pintoresco y anecdótico, que, pasados los años —en 1848—, Eugenio Lucas hubo de tomar como modelo para su famoso cuadro «Corrida en Plaza partida», que hubo de figurar en la Exposición de Pa-

ris del año 1855, cuando ya antes, hacia 1840, un artista anónimo hubo de copiar, alterándola ligeramente, aquella vista y corrida en la Plaza de Madrid, tomada esta vez desde el tabloncillo, frente al balcón o palco regio de Sus Majestades.

De todo ello se deduce, y aun se demuestra, la influencia que el arte de Carnicero ejerció sobre los artistas que le sucedieron, cómo la obra de este pintor de procedencia salmantina fué una verdadera fuente de inspiración para los creadores que habían de venir después de él, incluso para el mismo Goya, el que no vaciamos en afirmar que tuvo en cuenta «La tauromaquia» de Carnicero para producir la propia, amén de la copia del inglés Dubourg y del francés Bourgoing, ya en los principios del siglo XIX, unos años antes de la del autor de «Los caprichos». Y si a esto añadimos el plagio colorístico de Lucas en «Corrida en Plaza partida», tendremos demostrado, y no sin pruebas, el «primitivismo» de Antonio Carnicero en las artes plásticas. De él arrancará de una manera formal la historia de la pintura taurina, y a él habrá de referirse —y deberse— la primera piedra de lo que luego constituyó uno de los más grandes edificios pictóricos de nuestro arte.

MARIANO SANCHEZ DE PALACIOS

MIGUEL PALOMINO, o una alternativa malograda por tres veces

Cogidas y sinsabores



mino, que para entonces ya había adquirido categoría heroica entre los torerillos del Puente de Vallecas. Allá para el año 27 era Rafael Cañil «Rafaelillo» la esperanza taurina de los numerosos aficionados del barrio. Para facilitar ocasiones de lucimiento al muchacho los industriales del barrio alquilaron una placita portátil, anunciándose una novillada con ganado de Gallegos, en la que se dió cabida como sobresaliente de espada a Miguel Palomino.

Como tuviera que ingresar el matador en la enfermería en el segundo bicho, a petición del respetable, acabó el sobresaliente con la corrida, no sin obtener un éxito en el que no podía faltar la salida en hombros con paseo triunfal hasta su domicilio. Ante esta proeza se dieron en aquel ruedo provisional hasta trece corridas, consiguiendo en to-

este momento empiezan a lloverle contratos en Plazas de categoría y a ganar dinero.

Al jueves siguiente vuelve a lograr el éxito, y así hasta siete actuaciones seguidas en competencia con Garza, «El Soldado», «Madrileño», Diego Lainez, Félix Colomo y otros diestros del momento.

Embalado hacia el espaldarazo de matador de toros, su apoderado, don Arturo Barrera, le firma la alternativa en la feria del Pilar. Previamente le hace tres corridas en que hará su despedida novilleril: dos en Madrid, el 29 de septiembre, con ganado de Villarreal, y el 5 de octubre, con otra previamente escogida, de la Viuda de Soler. Finalmente, la última, el 12 del mismo mes en Guadalajara, Torea la primera con Juanito Jiménez, y al poner en suerte al toro que rompió plaza para el primer tercio, el bicho le pisa el capote, le coge y cornea en el aire rompiéndole vasos y arterias de importancia.

Sin cicatrizar, y con un tubo de desague, sale en la primera de la temporada, el 21 de febrero en Madrid. Al concluir la temporada, de nuevo se vuelve a hablar de su alternativa y de nuevo vuelven a malbaratarse los planes por otra grave cogida, esta vez en Requena, que le tiene tres meses pendiente de los médicos.

Se rehace durante la primera mitad de la temporada de 1936, se planea la persecución y esquiva alternativa, a recibir de manos de Ortega, en la semana grande de San Sebastián. Esta vez la guerra civil actúa de tercero y definitivo imponderable.

Vuelve a la brecha en 1944, incluso vuelve a cortar orejas en Madrid, pero la suerte está echada. La amargura de un vencimiento superior a su voluntad y a su coraje, el andar, rondando la cuarentena, y cinco extensas cicatrices, bastan para amenguar el ánimo del más templado.

Desde el 25 de marzo de 1946 Miguel Palomino viste la chaquetilla plata de los banderilleros.

F. MENDO

(Dibujo de E. Segura.)

ES el año 1908. En Sacedón, partido judicial de Guadalajara, hay entre otras cuatrocientas casas humildes, la del maestro tornero. En ella habitan el señor Palomino, su esposa y dos hijos. En este año, el 11 de septiembre, nace un tercero: Miguel.

No andan muy sobrados de medios en la casita, que tiene tras de sí un pequeño huerto y un granero sin pizca de grano. Vive la familia de lo que se va sacando del taller de tornero en madera. Después de Miguel siguen llegando hijos a casa del matrimonio Palomino que, en pocos años cuenta seis hijos.

A medida que las cargas y los gastos aumentan, van en aumento también los sueños de Miguel hacia las rutas del toreo. Cree el viejo artesano que cambiando de suelo cambiarán los vientos de su fortuna, que al mudar de ambiente podrá mudar de condición, y la familia emprende su marcha hasta afincarse en los alrededores de Madrid, en el Puente de Vallecas.

Desde aquella hora acabó de ahincarse la afición de Miguel, contagiado fácilmente por el ambiente taurino de la barriada. Y Miguel acabó por torearlo todo: a sus compañeros del taller familiar, los bancos y hasta al mismísimo puchero de cola al que tantas veces hicieron rodar los ceñidos recortes del Cúchares en ciernes.

Por las vísperas del Corpus de 1926 recaló en casa de Palomino, cierto pariente, entonces empresario del coso taurino de Sacedón. El viaje lo motivaba el deseo de contratar toreros para la fiesta. Ante las insistentes demandas del pequeño Miguel, su pariente hubo de acceder a llevarle en calidad de sobresaliente del «Cortijero», único espada encargado de despachar dos reses de Albarrán. El chico del tornero pudo por vez primera poner en práctica cuanto con capote y banderillas no había hasta entonces pasado de lo puramente teórico. Y como además lo hiciera con gracia, no exenta de valor, sus paisanos, al concluir la corrida, cargaron con él paseándole en triunfo.

El deseo de presenciar de nuevo las proezas del fenómeno local hizo que se montara otra corrida para el día de San Pedro, adquiriéndose dos utrecos de don Manuel Santos por suscripción pública. En esta segunda actuación Miguel renovó su prestigio. Y así llegamos a las fiestas de la Virgen de septiembre, para cuya celebración se organiza una corrida con ribetes de categoría, en la que Julián Sacristán Fuentes, el «Cortijero» y el nuevo ídolo han de vérselas con seis «bureles» de cierto ganadero de Molina de Aragón, apellidado Checa. Esta vez las cosas no rodaron bien para Palomino, encargándose el poderío y mansedumbre del ganado de poner de relieve la inexperiencia del torero. Pese a este revés no todo se perdió para Palomino.



Palomino, novillero en Madrid

das ellas rebasar el entusiasmo de sus convecinos. Con decir que hasta comenzaron a asignarle honorarios de los que descontados los de la cuadrilla, aun le quedaron para comprarse un vestido de torear y otro de calle.

Y Miguelillo se dispuso a la conquista de los ruedos de la meca del toreo. El 7 de junio de 1928 debuta en Vista Alegre, toreando un mano a mano con Luis Muñoz. Al año siguiente, el 21 de mayo, hace el paseillo en Tetuán con «El Estudiante» y Natalio Sacristán Fuentes. Queda muy aceptablemente, toreando en la misma Plaza hasta 17 corridas durante la mencionada temporada, y en casi todas con idéntico cartel. Surge con fuerza arrolladora «el paleto de Borox» con el que compete Palomino en más de alguna ocasión.

Era la época en que los públicos justipreciaban mejor a los concienzudos lidiadores que podían con el toro, que a los toreros que son dado en llamarse estilistas, entre los cuales apuntaba Palomino.

Se presenta en Madrid el 21 de julio de 1929 con «Fortuna Chico» y «Vaquerín». Poco pudo dar de sí ante el tercero de doña Enriqueta de la Cova, ya que al rematar con media verónica el primer quite, se le quedó debajo el bicho infiriendo al debutante una cornada en la ingle de la que tardó en curar más de veinticinco días.

Torea tres o cuatro corridas más en Madrid sin redondear el éxito. Al fin, llega lo esperado mediada la temporada de 1934. El cartel lo componen Ruiz Toledo, «Morenito de Tetuán», Palomino y el mejicano Ricardo Torres, con ganado de Arránz. El diestro de Sacedón, metido toda la tarde en terreno muy expuesto, bordó faenas prodigiosas, corriendo las cuatro orejas de sus enemigos. Desde



Uno de los éxitos de Palomino en la Plaza de Madrid

La corrida de toros, en láminas al cromo, por Daniel Perea



The last blow to the bull

CACHETERO DANDO LA PUNTILLA.

Le coup de gracé au taureau